



José Antonio Páez



Agustín Codazzi



Cipriano de Mosquera

BEATRIZ CABALLERO

CODAZZI

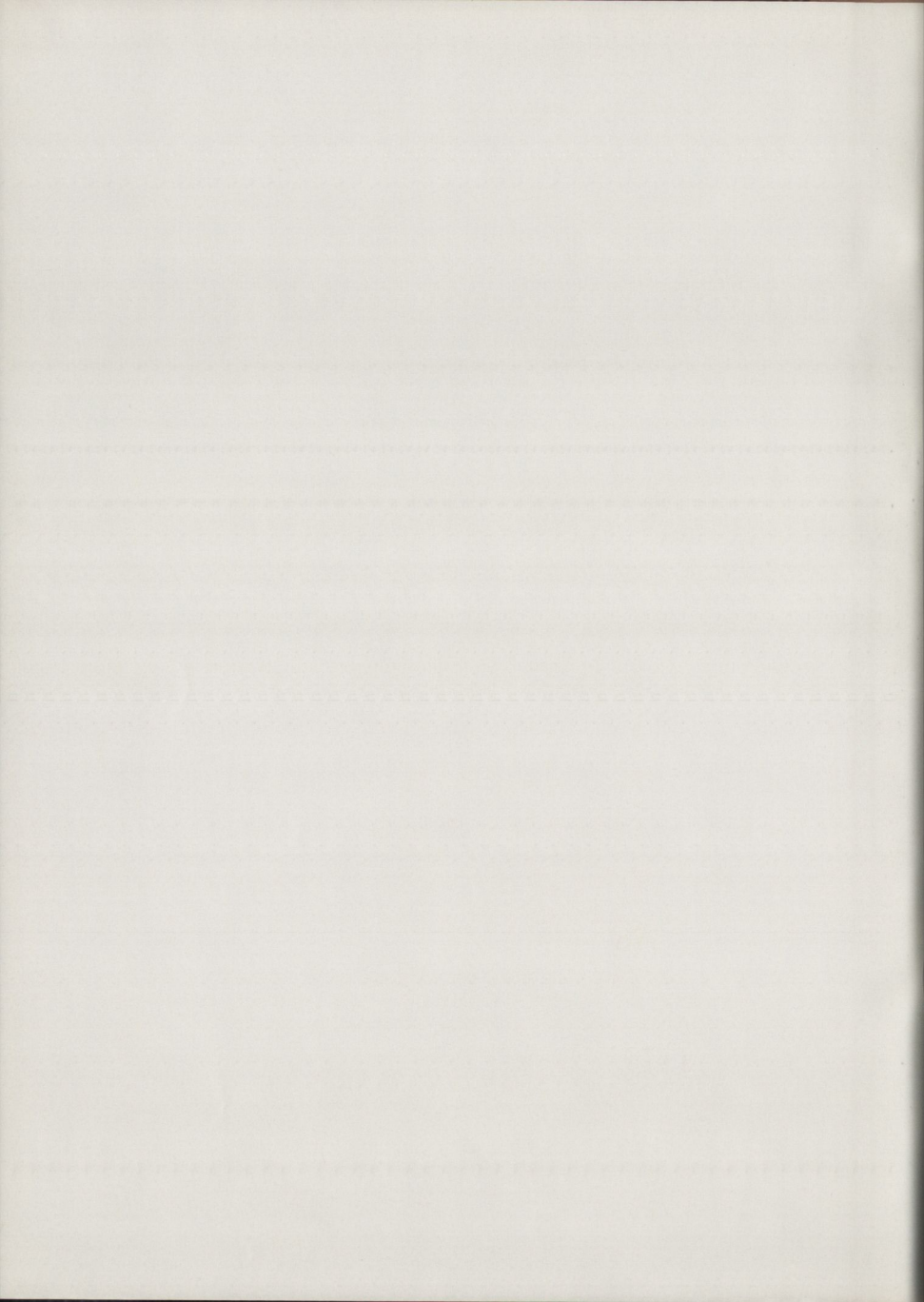
EL SIETE LEGUAS

Ilustraciones
Silvia Gómez



COLCIENCIAS





Beatriz Caballero

AGUSTIN

CODAZZI

EL SIETE LEGUAS

Ilustraciones
Silvia Gómez



COLCIENCIAS



COLCIENCIAS

Director: Fernando Chaparro Osorio
 Subdirector de Programas Estratégicos: Hernán Jaramillo Salazar
 Asesor de la Subdirección de Programas Estratégicos: Jesús María Álvarez
 Coordinación editorial: Julia Patricia Aguirre

Dirección editorial y de diseño: Carlos Nicolás Hernández
 Tres Culturas Editores Ltda.
 Carrera 35 #14-67 Tel: 2 37 70 56
 Fax 2 77 49 91

Ilustración de la cubierta y diseño interior: Silvia Gómez
 Ventana central: Mapa levantado por Agustín Codazzi y dibujado
 por Manuel María Paz

Portada interior: Retrato al óleo de Agustín Codazzi por Ramón Torres Méndez.
 Museo Nacional. Santafé de Bogotá.

Autoedición: Anacelia Blanco Suárez

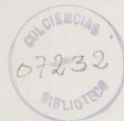
Pre-Prensa Digital: Fitolito Colombia Ltda.
 Néstor Beltrán, Néstor Rodríguez, Jorge Rincón, Nelson Colmenares.

Primera edición: Diciembre de 1997

ISBN: 958-9037-60-7

© Derechos reservados: Colciencias

Fax: 6251788
 Email: info@colciencias.gov.co
 Transv. 9A No. 133-28
 Santafé de Bogotá, D. C.
 Colombia - Suramérica



Impresión: Panamericana Formas e Impresos S.A.

Hecho en Colombia

Printed in Colombia - South America

col
00759

Para mi amiga
Juana Santamaría

Este libro está basado en:

- “Memorias” de Agustín Codazzi.
- “Itinerario de la Comisión Corográfica”, de Andrés Soriano Lleras.
- “Anécdotas y leyendas familiares. Datos sobre la familia Codazzi-Fernández de la Hoz” de Andrés Soriano Lleras.
- “Codazzi, un forjador de la cultura” de Hermann A. Schumacher.

Y las anotaciones hechas por la hija de Codazzi, Constanza Codazzi de Convers, a la traducción del alemán de Francisco Manrique de la biografía de Schumacher.

CONTENIDO



Pág. 7
EN VENEZUELA

Pág. 39
EN LA NUEVA GRANADA





EN VENEZUELA





Hormiguero o Batara copetudo
Sakesphorus canadensis
Buffon



e llamo Constanza Codazzi. Tengo diez años. Nací en Valencia, Venezuela, pero ahora vivo en Barinas porque mi papá es el gobernador. Él se llama Agustín Codazzi. Es italiano. El presidente es el general Páez. Bolívar ya murió. Estamos en 1849.

—¿Constanza, qué está escribiendo?

— ¡A usted qué le importa!

Ese es el metido de Lorenzo, mi hermano, que todo lo quiere saber.

— ¡Muestre!

— ¡No!

— Ay, no sea mala... ¿A quién le está escribiendo?

— ¡Deje! Vaya a jugar con los otros. Vea, ya es su turno: ¡Carrasquel, le toca montar a Lorenzo!

Carrasquel vive con nosotros desde el año pasado. Su papá era un ladrón famoso que lo obligaba a cargarlo por las calles cuando salía a robar. Un día se cayeron a una chamba y los cogieron. Los metieron a la cárcel. El pobre Carrasquel se enfermó, entonces se lo mandaron

a mi mamá para que lo curara. Mi mamá y la señora Dominga son "los médicos de la ciudad". Así les dice todo el mundo. Como estamos en guerra hay muchos heridos. Carrasquel se mejoró pero se quedó en la casa con nosotros. A mis hermanos les fascina jugar "al papá de Carrasquel": él hace de su papá y los monta en los hombros; y el que va encima lleva un palo para pegarle al que pasa por su lado. Carrasquel aprovecha que el golpeado queda aturdido para robarle lo que tenga: la plata, la mochila con el mercado, lo que sea. A mi mamá no le gusta que juguemos "al papá de Carrasquel". Mi mamá se llama Araceli. Araceli de la Hoz. Ahí viene.

—¡Mi mamá!...

Lorenzo se descuelga como un mico por el cuerpo de Carrasquel y corre a meterse en su cama. Mi mamá no alcanza a ver nada.

—Bueno, ya es muy tarde. Todos a sus camas que voy a apagar...

—¡No, todavía no, por favor!

Pero ya ha soplado la vela del candelero que hay a la entrada del cuarto.

—Carrasquel, a dormir usted también. ¿Se lavaron los dientes?, nos pregunta como todas las noches.

—Sí mamá...

—¿Y mi papá ...?

—Está en una reunión importante.

—¿A qué horas llega?

—Ya pronto. Duérmanse que ustedes tienen que madrugar.

Y va de cama en cama, arrojando a Agustín, a Araceli, a Domingo, a Lorenzo, y a mí, que soy la última. La menor. Claro que no me va a durar mucho porque va a nacer un hermanito. A cada



Desembocadero de Angostura. Ferdinand Bellermand.
Museos Estatales de Berlín. Tomado de Carmelo Fernández.
Testigo de lo irreal y de la historia, Consejo Nacional de Cultura,
Caracas, 12 de diciembre de 1982 a febrero de 1983

uno nos da un beso. Hay que esperar todo el día el beso de mi mamá... Yo mejor guardo mi cuaderno debajo de la almohada antes de que llegue a donde mí. No quiero que lo vea. Este es mi diario, como el que escribió mi papá cuando volvió a Italia, después de la guerra de la Independencia. Yo sé dónde lo tiene y a veces lo leo a escondidas. Claro que es igual a los cuentos que nos echa a la hora de comer. O cuando salimos a pasear. Pero a mí me gusta leerlo cuando estoy sola para imaginármelo en todas esas aventuras en que se la pasaba metido. ¡Mi papá es el papá más valiente del mundo... !

No tengo sueño. La noche está clarita. El cielo está lleno de nubes blancas, como si fuera de día, qué raro. Mi papá dice que eso es la luna que las ilumina. El sabe todo lo del cielo, el sol, las estrellas y la luna: cuándo va a llover, si es sol de lluvia, si va a hacer bueno, si va a helar... En Tovar vivíamos pendientes del tiempo, de la lluvia....

—¡Papá, papá, mire esto!

Yo voy corriendo por un potrero con la falda recogida llena de zanahorias. En la otra punta, al lado de unas rocas está mi papá con Karsten, un sabio que llegó de Alemania y se la pasa recogiendo piedras, helechos, y arrancando de raíz palmas enteras. No me hacen caso. Armados de una lupa enorme observan los garabatos pintados por los indios en las rocas que descubrieron mis hermanos el otro día.

—¡Papá, señor Karsten, miren! Y riego en el suelo las zanahorias gigantescas que recogieron en la huerta.

Por fin me miran.

—¿Esto qué son? ¿Yucas?...¡Zanahorias!

Entonces llega un conejo a comérselas pero se asusta y sale corriendo por entre un maizal. Las mazorcas se revientan de gordas entre sus hojas. “Bonaparte” empieza a ladrar. Corretea al conejo.

—¡Guauuuu...! ¡Guauuu...!

—¿Qué le pasa, “Bonaparte”?... Ah, ya lo oigo: es el caballo de mi papá.

¡Uy! Estaba soñando, con las zanahorias de Tovar, y los repollos gigantescos... Nadie lo podía creer.

—Buenas noches, mi amo, ¿cómo le jué?

—Nombraron otro gobernador. Un militar.

Carrasquel debe estar teniéndole las riendas a mi papá mientras se desmonta.

—¿Y luego mi amo no es el gobernador...? ¿Y militar?

—Alistá todo que nos vamos.

Ya se va mi papá otra vez. Siempre viajando. ¿Para dónde se irá esta vez? ¿A los llanos? ¿Para la colonia Tovar? ¡Ay, yo quiero ir! ¡Que me lleve! A mí me gusta más Tovar que Barinas. ¡Allá hay tantos sitios para jugar! El trapiche donde muelen la caña con las pailas enormes llenas de miel caliente... La piedra grande que hay en la escuela para hacer melcochas ...O la bodega con montañas de granos fríos de café en donde es una delicia revolcarse... Yo me quiero ir a Tovar, a la colonia de los alemanes. Mi papá fue el que los trajo a vivir allí, y han construido ese pueblito que parece de juguete: con casitas, con escuela y con su iglesia con reloj y campanas en el campanario a donde Lorenzo y yo nos subimos una vez. Nosotros allá nos metemos en todas partes y hacemos lo que se nos da la gana porque como mi papá es el que manda, nadie nos dice nada. El fue el que la fundó. Es que como en la guerra de la Independencia hubo tantos muertos, Venezuela quedó muy des poblada; y como aquí hay tanta tierra y en Europa había mucha gente sin trabajo y viviendo todos apretujados, el gobierno los convidó a venirse a vivir aquí.

—¿Se va otra vez, Codazzi?

—Nos vamos todos, Araceli. Usted, yo, los niños, su tía y los negros. Empaque porque nos vamos mañana de Barinas a primera hora.

—¿Qué pasó?

— Monagas disolvió el Congreso a bala. Con un presidente así no se puede...



Hermann Karsten, botánico alemán, quien por sugerencia de Humboldt, realizó trabajos exploratorios en Venezuela y Colombia.

—¡Virgen Santísima! ¿Y ahora ...?

—Mandó un comandante militar a Barinas.

—¿Y usted no le basta? ¡Para algo es coronel!

—Sí, pero yo no voy a volver armado a los llanos después de que logré aquietar a todos los guerrilleros por las buenas. Ni tampoco sirvo para estar de mono pintado en la pared. El nunca ha estado de acuerdo conmigo por lo que yo apoyo a Páez.

—Pues es natural: Páez le encargó a usted hacer el levantamiento de todo el territorio de Venezuela y dibujar los mapas; fue su jefe del ejército mientras él estuvo de presidente. ¿Qué quiere Monagas: que le dé la espalda a quien le dio de comer?

—Quiere que me vaya y eso es lo que voy a hacer. Aquí ya no nos quieren, Araceli.

Me tropiezo en el corredor con mi tía Gianetta. Tiene los ojos más espantados que nunca.

—¡Tía, me asustó!

—Fantasmas, crímenes... ¡la noche e terrible!

La tía Gianetta es hermana de mi papá y vive con nosotros. La pobre no ha podido aprender a hablar bien español. Cuando estaba jovencita la hicieron casar con un viejo muy rico. Primero la mandaron interna a un colegio, cuando se les murió la mamá. Eso fueron cosas de la madrastra. Ah, pero es que no he contado que mi papá tuvo madrastra. La mamá de ellos se murió muy joven. Se llamaba Constanza, como yo; o yo como ella. Dicen que era lindísima. Ojalá yo



Mutisia Pichinchensis Krst. Tomado de Flora Columbiae,
Giorgio Antei, Seguros Bolivar, Santafé de Bogotá, 1996



Coronación de Napoleón y Josefina por el Papa. Óleo de David, Museo del Louvre, París

también sea linda cuando grande para que no me casen con un viejo como a mi tía Gianetta que es tan fea que asusta. Pero cómo no iba a volverse fea si el viejo ése era un ogro: dos mujeres que tuvo antes que mi tía, las mató. Y a los hijitos, también.

—Se me acabó la vida, Araceli.

Mi papá se pasea para arriba y para abajo como si estuviera enjaulado, como el canario que está en el patio de atrás. La tía Gianetta se volvió para su cuarto. Yo mejor me quedo aquí afuera...

—Cómo dice eso, Codazzi, cuando está en la flor de la edad y ha hecho un trabajo importantísimo reconocido por los científicos de Europa: ¡el atlas del país!

—De un país que no merece llamarse país. De qué sirve que a mí me hayan hecho miembro de la Sociedad de Geografía de Francia, de la de Berlín, de la de Londres y de la Etnológica de Nueva York, cuando lo único que aquí les gusta es pelear, matarse por mandar.

—Ah, cosas de los hombres.

—Estoy cansado, Araceli; cansado de tanta guerra... En la de Napoleón me sentí héroe, porque estaba muchacho y lleno de ideales románticos, como la libertad, la fraternidad y la igualdad entre los seres humanos... El fue el primero en decepcionarme, cuando en el colmo del orgullo hizo que nadie menos que el Papa lo coronara, después de que por él se sacrificaron tantos jóvenes como yo por acabar con la



Retrato de Simón Bolívar en Ocumare de la Costa, colección Museo Eleazar López

realiza... Intenté cambiar de vida y me volví comerciante, como mi papá y mi abuelo pero naufragué con el rollo de sedas con que salí de Lugo. Fracasé. En toda Europa no había sino oficiales desocupados como yo, buscando guerras dónde meterse, como quien busca techo donde guarecerse cuando llueve... En Amsterdam traté de irme en un barco para las Indias orientales, pero el destino me condujo a América del Norte y llegué a Baltimore; un barco de guerra y el sueño de unos hombres por conquistar su libertad me arrastraron otra vez: la América del Sur y la Central luchaban por su independencia. Yo corrí con suerte al dar con Aury el Corsario, que aunque Bolívar no hizo sino rechazarlo vez tras vez, también él creía en la independencia de América y trabajaba por ella. Me involucré en esa lucha sin ser la mía, de mercenario, como tantos otros militares europeos que había sin trabajo, sin

plata; que en cualquier isla del Caribe se trepaban en el barco que pasara, el que fuera, sin importarles la bandera que tuviera ni la lucha en que estuviera: a pelear, a combatir, siempre la guerra... Y para qué: ahí tienen a Bolívar que se volvió un dictador; y a mi querido general Páez, que



José Antonio Páez
Retrato al óleo por Epifanio Garay,
Museo Nacional. Santafé de Bogotá

José Antonio Páez

le pagó con traición. *El que se va de Sevilla pierde su silla...*, y le quitó el puesto. Y ahora Monagas se lo quita a Páez después de que el mismo Páez lo colocó ahí.

Mi papá sigue caminando de lado a lado por la sala, pasándose la mano por el pelo y espelucándose cada vez más. Mi mamá recoge los zapatos de mi hermano Agustín, las cintas de las trenzas de Araceli, ¡japareció mi muñeca! Estaba debajo del sofá.

—¿Y usted qué quiere, Codazzi? ¿Volverse para Italia?

—No. Ya volví a Italia una vez, cuando se terminó la guerra. Entonces me dediqué a descansar, a levantar una finca, a escribir mis memorias..., y me aburrí. No aguanté tanta tranquilidad. No soporté verme echándole maíz a las gallinas mientras aquí construían la nación por la que yo también había luchado.

—Entonces se vino y lleva 22 años acá.

Veintidós años, ¿cuánto tiempo será? ¿Cómo seré yo a los veintidós años? ¿Dónde estaré?... Mi mamá sigue alentando a mi papá.

—...Aquí usted ha hecho su vida, han nacido sus hijos, ha trabajado de sol a sol por este país que lo ha adoptado o más bien usted ha adoptado a Venezuela...

—¿Qué me está pidiendo, Araceli, que me quede? ¿Que los exponga a usted y a los niños a otra guerra?... La guerra, Araceli, me llevó a mí a viajar, a recorrer el país, a dibujarlo, pero por qué: porque cuando los militares vieron mi mapa del golfo de Maracaibo -que me lo mostraron los indios porque no vieron malas intenciones en mí y lo navegué con ellos en canoa, en flechera y en piragua; me alojaron en sus ranchos trepados en pilotes de madera; me alimenté con ellos de peces y de pájaros—los militares comprendieron lo útil que era conocer bien su territorio para poder en un momento dado vencer al enemigo.

—Como Bolívar, que despistaba a los españoles en estas montañas tan ajenas a ellos; o les cortaba el paso en los raudales y torrentes de los ríos.

—Exactamente. Entonces, todos los gobernadores me pidieron que les hiciera el mapa de su cantón; y así fue que recorrí el Zulia, el Orinoco, la provincia de Caracas, todo el país, haciendo mapas. Pero mientras yo veía qué cultivos se podrían implantar, las riquezas por explotar, los canales y puentes que sería necesario construir, ellos no pensaban sino en mandar, en vengarse del que les había corrido una cerca, en volverse dueños de todo el ganado, en sentirse más grandes porque otros se quitan el sombrero cuando los ven pasar... ¿Dónde está la carta de Mosquera?

Mi papá abre y cierra cajones, desesperado. ¿Mosquera no es el presidente de la Nueva Granada? Me parece que sí. El que le dio unos caballos en el valle del Cauca cuando Aury mandó a mi papá a la Nueva Granada a ofrecerle sus servicios a Bolívar.

—La carta está donde usted la puso: en la cajita de cuero junto con su pasaporte, su anillo de oficial de Napoleón y el mechón de pelo de su mamá. Pero ¿por qué le dio por la carta de Mosquera a estas horas?

—Porque nos vamos para la Nueva Granada antes de que empeore la situación. ¿Dónde diablos está esa carta...?

—Cuando la recibió, usted no le dio tanta importancia, Codazzi.

—¡Aquí está!... Porque estaba entregado de lleno a Venezuela y no podía atender su pedido. Ahora sí se llegó el momento. Oiga lo que dice: "...Necesito que se venga a hacer el levantamiento del territorio de la Nueva Granada. Hasta cuando no lo conozcamos este país no va a poder salir adelante. Le ofrezco cinco mil pesos y el puesto de director de la Academia Militar para redondearse el sueldo..." Esperemos que todavía me necesite. ¡Vámonos para la Nueva Granada, Araceli!

¡Nos vamos para la Nueva Granada! Corro al cuarto a contarles a mis hermanos. Ninguno oye. Todos están profundos. Qué caray, yo voy a ir a preguntar... Mi papá se ha puesto solemne.

—Yo ya hice lo mío. Ahora que los venezolanos construyan sobre estos dibujos e informes que yo he hecho, un verdadero país. Llegó la hora de irme. Ya cumplí.



Vista de Cumaná desde el Castillo Viejo.
Ferdinand Bellermann, 1844. Museos Estatales de Berlin.

Los dos se quedan un momento en silencio...Entro corriendo al salón y me abrazo a la cintura de mi papá.

—¡No se vayan a ir sin mí!

—¡Constanza, mi niña!

—Constanza, mijita, ¿qué hace levantada y descalza a estas horas?

Pero mi papá ya me tiene alzada y me da besos.

—Déjeme ver qué horas son en su reloj.

Me fascina el reloj de mi papá. El se lo saca de un bolsillito del chaleco y me lo muestra, para que yo lea la hora.

—Las once y diez, apuntan las dos manecillas sobre los números romanos.

Mi papá me enseñó los números romanos en su reloj. Mi mamá los arábigos, y también me enseñó a leer y a escribir.

—Horas de estar durmiendo, dice severamente mi mamá.

Desde las alturas yo me hago la que no he oído nada. Mi papá sigue conmigo alzada. Tiene el pelo alborotado, síntoma de que algo le preocupa.

—¿Cómo es la Nueva Granada?

—Muy parecida a Venezuela, les he contado mil veces. Por eso Bolívar las unió en un solo país. Con el Ecuador.

—¡La Gran Colombia!, ¿no fue así?

—Fue... Para allá emprenderemos viaje mañana, muy temprano, luego vaya a acostarse.

—¿Mañana?

—Mañana, Araceli: hay que empacar. Lo más preciso y lo más precioso, nada más. ¿Oyó, Constanza? Tiene derecho a llevar una sola cosa, la que sea más preciosa para usted, la más importante.

¿Una sola cosa? ¡Mi diario! Eso es lo que voy a llevar.

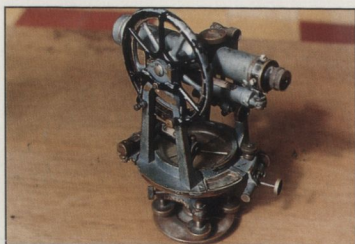
—¿Cuándo vamos a llegar a Santafé de Bogotá, papá?

Él termina de empacar todos sus instrumentos: el sextante, los barómetros, los cronómetros, el teodolito, el horizonte artificial, el nivel de antejo, los termómetros, una aguja pequeña que nunca he entendido bien para qué sirve, un nivel pequeño, el higrómetro...

—No sé, Constanza. Para empezar, tenemos que llegar a Cúcuta. ¿Ya está lista? Vaya a ayudarle a su mamá.

—¿A qué?

—Pues... no sé. A recoger todo.



Teodolito Berger Sons.
Escuela Nacional de Minas, Medellín
Fotografía: Cristina Salazar



Nivel de precisión Keuffel.
Escuela Nacional de Minas, Medellín,
Fotografía: Cristina Salazar

—¿No puedo ayudarle más bien a usted?... ¿Esas botellitas qué son?

Hay cinco vacías y una llena de tierra.

—No es tierra. Mire.

La acerca a la ventana y brilla.

—Es oro en polvo. Del Chocó. Algún día lo necesitaremos.

Los instrumentos de mi papá son sagrados. No podemos tocarlos, a menos que sea con él.

—¿Ese para qué sirve?

—¿El sextante? Para saber en dónde está uno, de acuerdo a la posición de las estrellas.

Y lo envuelve en un paño como a un niño, con mucho cuidado.

—¿Y ese?

—¿El barómetro? Para medir la presión atmosférica. Usted ya sabe.

Cada uno tiene su estuche de cuero con forro de seda.

—¿Y el higrómetro?

—Marca la humedad del aire le he explicado mil veces, Constanza.

—¿Cómo es el aire en Santafé de Bogotá?

—Transparente y puro que es un gusto sentirlo entrar a los pulmones.

—¿Dónde quedan los pulmones...?

Mi papá no me aguanta más y de un grito me saca del cuarto.

Llaneros. Ferdinand
Bellermann, 1843 Museos
Estatales de Berlín



—Tía: ¿usted viene con nosotros?

—Agostino il mio fratello parte, io parto.

—¿Usted qué va a llevar?

— Mis pesadillas, mijita. Nunca me dejan.

Ahí viene mi mamá cargada de libros y papeles. Apenas la vio, mi papá se enamoró de ella. Eso fue en Valencia. El fue allá a hacer el levantamiento de terreno de la provincia de Maracaibo. Consiguió una casa donde le dieron posada, y estaba empezando a desempacar sus instrumentos, que él carga para todas partes, cuando oyó que se le reían desde la casa de al lado. Eran dos niñas: mi mamá y una amiga. Dice que mi mamá “tenía el cutis blanquísimo y sonrosado, color raro en aquel clima; ojos muy negros, vivos e inteligentes; boca fina con una dentadura perfecta... pie pequeñito y arqueado...”. ¿Cómo haría para darse cuenta de que tenía así el pie, o los pies, (porque mi mamá tiene dos pies como todo el mundo), si ella estaba en una ventana? ¿No estaría más bien en el balcón?

—Mamá, cuando mi papá y usted se vieron por primera vez, ¿usted en dónde estaba?

—En Valencia. ¡Constanza, tráigame su muda de ropa que ya voy a cerrar la maleta!

—En Valencia pero ¿dónde, mamá: en una ventana o en un balcón?

—¡Ay, mijita! Estas no son horas de hacer remembranzas.

Pasan dos hombres cargando el piano.

—¡Sin zarandearlo que se desafina! Y díganle a doña Dominga que ahora paso a despedirme.

Doña Dominga es la señora del general Páez. Ella y mi mamá son muy amigas y en su casa nos va a guardar todos los muebles. ¡Uy! Ahí van con mi cama.

—¡Mamá, mamá! ¿Yo en dónde voy a dormir esta noche?

—Dios proveerá, mijita.

Mi mamá se desentiende de mí.

—Gianetta: ¿usted ya hizo su maleta? Vaya revisa que no se le quede nada. Pero apúrele, las mulas ya están ensilladas.

—¿Mulas? En Italia io tenía coche de caballos...

—En Venezuela toca en mula.

—Araceli, ¿non coche? ¡Io non sé montar mula, non sé montar caballo!

—¡Virgen Santísima, no habíamos pensado en eso! ¡Constanza, corra donde su papá y dígame que Gianetta no sabe montar, a ver qué se le ocurre!

—Que alguien la lleve cargada, como a mi papá por la cordillera en la Nueva Granada.

—Dije “a ver qué se le ocurre” a él, no a usted. ¡Corra!

Pero a la tía Gianetta le sonó la idea.

—¿Quién carga a Agostino en la cordillera?

A la tía Gianetta mi mamá no puede decirle que estas no son horas de hacer remembranzas porque esta muy viejita y hay que cuidarla mucho. Ella misma se la pasa diciéndonoslo. Entonces con mucha paciencia, pero rapidito porque se nos está haciendo tarde, se pone a contarle la vez que mi papá entró a la Nueva Granada por el Atrato, con la misión de preguntarle a Bolívar —que la estaba liberando de los españoles—, si necesitaba ayuda. Cuando empezó a subir a la montaña, los indios que llevaba de guías llegaban rapidísimo arriba y tenían que esperarlo; y eso que ellos iban cargados con un montón de bultos. Hasta que uno de los indios se echó una silla sobre las espaldas, se la amarró bien a la cintura y al pecho, hizo que mi papá se sentara en la silla y lo llevó cargado así por toda la cordillera.

—¿Cómo jugando al papá de Carrasquel...? ¡Pericoloso! ¡Me suelen y caigo!

***Mi papá** coloca el atlas sobre el tronco de un árbol caído. A mí me encanta el dibujo de la portada en donde sale todo: el Orinoco con una piragua atravesándolo, la garza parada en la orilla, unos árboles altísimos, un caballo, un tigre, un indio con el escudo al lado, un tambor y las banderas. Lo abre y busca la hoja en donde está el mapa de la provincia de Barinas. Con el dedo recorre una ruta que él ha hecho a caballo y a pie y que ha dibujado en miniatura. Nos muestra el recorrido que tendremos que hacer hasta llegar a Cúcuta, primera etapa del viaje hacia Santa Fé de Bogotá.*

Carrasquel lleva a los animales a beber a una quebrada. Mi mamá se lleva a la tía Gianetta con mucho misterio detrás de unos matorrales.

Mi papá nos presta su anteojo de larga vista para mirar por última vez a Barinas, encaramada en la meseta de Moromoy. Barinas es la capital del distrito y de la provincia de Venezuela. Está a 180 metros sobre el nivel del mar. La temperatura es tibia pero yo tengo calor. Hmmm, ¡qué rico está este aire! Baja de la sierra. ¿Dónde estará nuestra casa? ¿Y Bonaparte? Pobrecito, no lo pudimos traer...

—¡Ciao, ciao Barinas...!

Después mi papá nos advierte que él se va a desviar hacia Trujillo para ir a Maracaibo.

—¡Yo voy con usted!

—No. Solo, me queda más fácil enterarme de lo que está pasando y averiguar dónde anda mi general Páez. Ustedes sigan. Siempre encaravanados.

Carrasquel me lleva a la grupa en su mula y como vamos adelante yo soy la primera en verlo todo. Él me va mostrando un chupaflor, una ardilla, unos cabritos... De repente aparecen unos soldados.

—¡Alto ahí! ¿Ustedes son la familia del coronel Codazzi?

¡Qué susto! ¿Cómo hicieron para saber? A la tía Gianetta, con la vista de los soldados, se le alborotan los recuerdos de cuando los franceses entraron a tomarse Lugo, su ciudad en Italia.

—¡Oh no! Soldados otra vez! ¿Agostino dónde está? Llegaron los franceses y van a llevarse todo. ¡El malo de Bonaparte!

Entonces la tía empieza a contar ahí, en la mismísima cara de los soldados, cómo un día estaban ellos —la familia de mi papá— en su casa tan campantes, cuando se oyó un rebullicio y un cascabeleo

de cascos de caballos, y era que habían llegado las tropas de Napoleón Bonaparte a tomarse la ciudad. Durante una semana hubo combates en las calles. Hubo muchos muertos, heridos, casas saqueadas, telares despedazados, campos arrasados, la ciudad destruida...

—¿Y a ustedes no les pasó nada?

—Non. El mío abuelo, que ya había morto, avisó al mío padre que partiéramos pronto...

—Pero si estaba muerto ¿cómo pudo avisarle, tía?

—Muy fáicile: tocó campanella como él tocaba cuando quería comer.

—Tía Gianetta, ¿no es cierto que San Antonio se le apareció a mi abuelo y le dijo que si se ponía un hábito como él lo curaba de la artritis?

—¡Ay, Constanza, deje que mi tía termine de contar la historia! ¿Qué más pasó, tía?

La tía Gianetta, sin quitarles los ojos de encima a los soldados, sigue contando cómo los franceses se llevaron los tesoros de las iglesias: los sagrarios y copones de oro, las patenas de plata, las vinajeras de cristal, las custodias cuajadas de piedras preciosas, las casullas de seda, y hasta un busto de plata de San Ilaro, y eso que era el patrono de la ciudad.

—¿Y se quedaron mandando los franceses? ¿Por qué?

—Perque Bonaparte quería adueñarse de tuta Europa. Y acabare con la religione, la Iclesia y el Papa. Y en Lugo gobernare il Papa...

—Muy interesante mi señora, ¡pero vamos andando que nos va a coger la noche!

Con la orden del teniente se espabilan los soldados, que se habían quedado oyendo a la tía Gianetta calladitos, como en misa.

—Constanza, ¿usted cómo sabe que él es teniente?

—Ay Lorenzo, no me diga que no ha visto todos los uniformes que tiene mi papá colgados en el armario.

— ¿De teniente?

—¡No señor! De cañonero, artillero, brigadier, furriel, suboficial, oficial, mariscal de campo, capitán, sargento, teniente, comandante de ingenieros y de coronel de ingenieros.

La noche la pasamos presos en un sitio que se llama Bailadores. Aquí manda un señor que anda tras mi papá y pensó que si nos cogía a nosotros, él vendría a rescatarnos y entonces lo podrían agarrar. A mí de la cárcel lo que más me ha gustado es el gato. El guardián que nos cuida dice que lo tienen porque hay muchos ratones pero yo no he visto ninguno. Se me enroscó en los pies a la hora de dormir en el suelo sobre unas esteras y esta mañana me despertó ronroneando y caminándome encima. La tía Gianetta y mis hermanos siguen dormidos. Mi mamá no está.



Agustín Codazzi, retrato al óleo.
Ramón Torres Méndez.
Museo Nacional
Santafé de Bogotá.

—¿Dónde está mi mamá?

—Ahorita vuelve... Su papá es el coronel Codazzi, ¿no es cierto?... Yo lo conocí a él en los llanos, cuando firmaron la paz. Usted no era la que representaba la Libertad?

—No. Era mi hermana Araceli. A mí no me dejaron presentar porque estaba muy chiquita...

Mi papá ofreció un banquete a los jefes de ambos partidos y a las principales familias también divididas; a los postres nos presentamos los niños: Araceli, vestida de Libertad; Agustín, goajiro; Domingo, Caribe; Lorenzo, Orinoco. Se colocaron cada uno al lado de los principales cabecillas. La Libertad se dirigió al anciano General Blanco, con palabras de paz y concordia. Cada uno habló en el mismo sentido, y en el sencillo lenguaje del indio comparaban la conducta de los blancos con la suya, que vivían unidos y en paz; dirigieron palabras de elogio a los señores, invitaron a tomar por la paz y unión de los barinenses, ofreciendo cada uno su bandera al Jefe a quien se dirigía. El venerable General Blanco fue el primero que, con lágrimas en los ojos y la voz conmovida, contestó a la Libertad; más que con palabras con el abrazo fraternal a los demás invitados; allí se olvidaron los rencores y las disensiones; todos se abrazaron conmovidos y los que entraron enemigos, salieron hermanos...

—Dígame dónde está mi mamá, o grito.

—Ahorita vuelve, niña. Se fue a conseguir un pasaporte para que los dejen seguir a Mérida. Duérmase otra vez que en la cárcel es lo único que se puede hacer.

La tía Gianetta pega un brinco en el camastro.

—Pasaporte, pasa, pasa. ¿Dónde é mío pasaporte? Io, italiana.

El guardián trata de tranquilizar a mi tía que, a menos que uno esté acostumbrado, asusta a cualquiera con esos ojos desorbitados con que siempre se despierta. Sin pasaporte, en Europa no se puede andar. Yo he visto el de mi papá y tiene sellos de Génova, Livorno, Constantinopla, Longone, Elba, Itaca, Bucarest, Iassi, Czernovitz, Lemberg, Tomaszow, Samostje, Lubli, Varsovia, Danzig } Rotterdam, que queda en Holanda, de donde zarpó para América.

—¿La tua máma salió por pasaporte? ¿Eh? ¿Eh?

Y lo consiguió. Ella le encuentra solución a todo. La negra Luisa dice que si no es por ella nos dejan ahí encerrados quién sabe hasta cuándo.

Seguimos para Mérida, escoltados por 25 soldados. Cuándo mis hermanos les cogieron confianza se pusieron a charlar con ellos, a tocar los fusiles y pedirles que les enseñaran a disparar.

—¿Luego su papá no les ha enseñado? El sí sabe de eso.

Pero no. Mi papá no les ha enseñado a disparar a mis hermanos porque dice que el que aprende a usar un arma termina usándola. Y él espera no tener que usar más la suya.

Yo no sé dónde se nos perdieron los soldados -o nosotros nos les perdimos a ellos—y resultamos caminando solos por un bosque. Luego apareció un río, el Zulía; el agua es turbia y amarilla, no es azul como lo pintó mi papá en su mapa. Le tengo que decir. Ni sé porqué seguimos para Maracaibo en vez de ir a Cúcuta.

Nos montamos en una canoa. Nadie se puede mover porque se desbalancea.

—Mamá, ¿este es el lago de Maracaibo?

—Sí. Su papá se lo ha mostrado en el mapa.

—¿El de los riños y los caminos de los indios? ¿Dónde están los indios?

—Pregúntele al boga que va remando, *me contesta mi mamá, que suda mucho y se ve cansada. El boga que va remando es un indio y me explica que al lago lo ensanchan un montón de riachuelos y esteros que se secan en verano y todos los inviernos vuelven a aparecer. Nos metemos por uno de ellos, tapizado de lotos rosados y blancos. Tengo que meter la mano para convencerme de que seguimos por agua.*

—¡Boga! ¿Qué es ese pájaro tan grande?

—Garza.

Es blanca. Parada en una orilla, elegante sobre sus patas larguísimas, con indiferencia nos mira pasar.

Atravesamos el lago y del otro lado está mi papá esperándonos.

Al día siguiente nació mi hermanita María del Rosario.

Esta tarde mi papá nos va a llevar al fuerte.

—¿Mamá, qué es un fuerte?

—Una fortaleza. Una construcción para defenderse. Alcánceme esa palangana con agua, Constanza, su hermanita se volvió a poposear.

—¿Para defenderse de quién, mamá?

—Del enemigo. El agua está muy caliente, mézclele un poquito de fría.

—¿Quién es el enemigo?



El lago. Témpera sobre papel,
colección Gobernación del Estado Zulia. Venezuela.

—Los españoles. Bueno, ahora, ya ni se sabe... ¡Apúrele que la niña se resfría!

—¿Luego los españoles no se fueron ya?

—Sí. Pero muchos se quedaron rondando por las costas. Al fin y al cabo, España queda lejísimos. Vaya enjuaga bien el trapo y me trae más agua.

—Mamá, pero mi abuelo de la Hoz, su papá, ¿no era español?

—Sí.

—¿Entonces mi abuelo era el enemigo?

—¡Ay, Constanza, deje la preguntadera, traiga el agua!

Mi mamá siempre es así: todo lo cuenta a medias. Cuando venga mi papá yo le pregunto y él sí me cuenta todo.

El fuerte es como un castillo. Alto. Amarillo. De piedra. Con escaleras. Al frente, el mar.

—¿Sí ven? Con un pie estamos en Venezuela y con el otro, en la Nueva Granada.

Mi papá saca una libreta que siempre lleva en el bolsillo y un lápiz, y se pone a dibujar: la línea de los cerros que bordean el golfo, los pliegues de la montaña, las hondonadas, unos promontorios que sólo él ve.

—¿Usted construyó este fuerte, papá?

—Lo levanté, lo tumbé y lo volví a construir.

—¿Cómo así? No entiendo.

—Lo construyeron los españoles. Cuando se ganó la Independencia los criollos lo tumbaron, pensando que no lo iban a necesitar más. Pero Bolívar me dejó reconstruyéndolo de miedo a que se desatara una guerra interna en La Gran Colombia y porque los españoles no se habían retirado del todo.

—Y por qué lo tumbó?

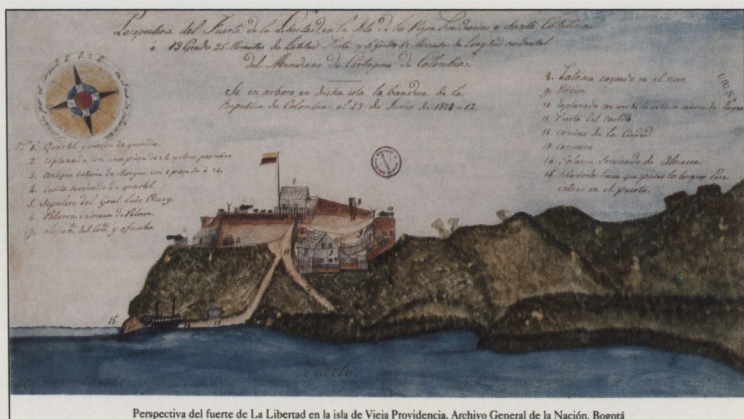
—Porque se acabó la guerra.

—Pero no nos vinimos de Barinas por la guerra?

—Esa es otra... ¿cómo les explico?

—Yo pensé que habían hecho las paces el día que presentamos la comedia.

Mi papá alza la vista de su dibujo y se queda un rato mirando el



Perspectiva del fuerte de La Libertad en la isla de Vieja Providencia, Archivo General de la Nación, Bogotá

mar.

- La guerra es infinita como el mar: viene una ola, y otra, y otra.
- Y una guerra, otra y otra.

Llegamos de primeros al muelle con nuestros bultos y nuestras maletas. Ahí está anclada “La Flecha”, con tres velas blancas y la bandera venezolana: amarilla, azul y roja, con una, dos, tres, siete estrellitas sobre la franja amarilla. Mi papá nos dice que esperemos, ahí, al rayo del sol; él se sube a explorar. “La Flecha” es un barco. Una goleta.

- Mamá, ¿por qué le dicen goleta?
- Porque es como una golondrina, que surca los mares.
- ¿Y este es el mar?
- Este es el golfo de Maracaibo, una entrada del mar Caribe. Del océano Atlántico.

Yo no entiendo por qué los grandes hacen tantas diferencias: mar, océano, golfo, bahía, ensenada, cala... cuando todo es el mismo mar.

—Mamá, ¿los mares son siete, o es uno solo?

—Eso pregúnteselo a su papá, Constanza. ¡Y póngase el sombrero, que se va a insolar!

Ha ido llegando más gente. Familias enteras, como nosotros, pero con más equipaje.

—Mamá... ¿Ellos también van para Santafé de Bogotá?

—Primero vamos para las islas y unos se quedarán en la Margarita, otros en Aruba, otros en Curazao...

—¿Y nosotros en cuál vamos a quedarnos?

—En la que nos toque.

Mi mamá se ha sentado sobre uno de los baúles, se ha abierto la blusa y le da de comer a mi hermanita. Voy a llevarle un pedacito de melcocha que tengo aquí en el bolsillo.

—¡No, que se ahoga, cómo le va a dar melcocha! ¿No ve que ella está muy chiquita?

—Para que la chupe. Es dulcecita.

En esas aparece mi papá. Ya tiene todo listo. Subimos a "La Flecha", nos acomodamos, y tenemos que esperar a que suban las demás familias que van a viajar con nosotros.

—¡No moleste, Lorenzo, que no deja oír a mi papá!

—Mandaba en aquella isla el general Aury, de la ciudad de París, y tenía por ayudante a un italiano conocido nuestro, por lo cual decidimos quedarnos allí...

—¿Cuál isla, papá?

—La isla de Galveston, en el golfo de México.

—Cuéntenos otra vez lo de México.

—Pues que se quería independizar, como toda América Central y América del Sur. América del Norte ya había hecho su guerra y era una nación.

Mi hermanita sigue comiendose a mi mamá, ahora por la teta la izquierda. Ya la estoy empezando a entender: ella llora, y come. Si yo lloro, mi mamá me regaña.

—Aury estaba convencido de que había que sacar a los españoles de estas tierras.

—¡Lo mismo que Bolívar!

—Aury mandaba en el Caribe, en el Océano Atlántico. Y Bolívar en tierra firme, en el continente: en Venezuela, la Nueva Granada, Quito...

Cuando mi papá habla de Aury y del Caribe se entusiasma. Con Aury él guerreó en México por su independencia, y en Guatemala, y Honduras, y en las islas de San Andrés y Providencia dónde levantó los fuertes, como en Maracaibo. Gracias a ellos Bolívar pudo sacar a los españoles de la costa atlántica y Providencia pasó a manos de la Nueva Granada. Si no es por mi papá y por Aury, el Corsario, quién sabe de quién serían estas islas.

—¿Qué es un corsario?

— Un corsario es un pirata con licencia para cometer actos de piratería.

—¡Mi papá era un pirata! ¡Mi papá era un pirata!

—¡Chito, niña! ¡Cállese!

—Es verdad, Araceli. Fui pirata y no me arrepiento.



Campamento guagiro.
Témpera sobre papel. Carmelo Fernández.
Colección Gobernación del Estado Zulia.

—¿Nunca te caíste al agua cuándo peleaban en los barcos?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Pues, porque como tú no sabes nadar...

—Ahhh, pero es que yo tengo siete vidas, como los gatos.

¡Siete vidas!... Es cierto: en la primera vida fue soldado de Napoleón; en la segunda, aventurero por Europa; en la tercera, pirata en el Caribe; en la cuarta, mercenario de la independencia americana; en la quinta, granjero en Italia; en la sexta, geógrafo en Venezuela... Y ahora va para la séptima: para la Nueva Granada. Yo apenas llevo tres: la primera, en Valencia; la segunda, en Tovar; la tercera, en Barinas y ahora voy para la cuarta en Santa Fé de Bogotá.

Desembarcamos en la isla de Aruba. Mi papá apenas consiguió dónde alojarnos dijo “¡Ahora vuelvo!” y se fue a buscar al general Páez, a quien cada vez que había desorden en Venezuela le pedían que volviera a la presidencia.

*De los generales, ¿cuál es el más valiente?
Mi general Páez ¡con toda su gente!
De los generales, ¿cuál es el mejor?
Mi general José con su guardia de honor.*

Estas coplas nos la enseñó la negra Luisa. Ella cuenta que mi general Páez nació montado en un potro, por eso lo llaman el Centauro. Si a mi mamá acostada en una cama ¡ay que ver el trabajo que le costó hacer nacer a mi hermanita! cómo sería la mamá del general Páez montada en un caballo... Él montaba descalzo y a pelo y a él, el suyo le llegaba hasta media espalda.

— Negra Luisa, cuente cómo fue lo de la “caballería dulce”.

— ¡Ah, qué quién no lo va a sabé! Que ejtaba mi amo Golibar de un lao del río con la tropa muetecita de hambre; del otro, una cantidá de ganao pajtando; y el enemigo preciso en medio el río en siete lancha de la grande. Y ahí mimito el Taita, que así también lo nombramo, se tiró al agua con su caballo. Se le jueron detrá toíto su hombre con la lanza en la boca pué con una mano nadaban y con la otra le hacian caricia al animal pa'arriarlo, dando grito pa'ejpantá lo caimane. Le cayeron a lo españole encima... ¡y lej ganaron! Mi amo Golibar paradito en la orilla se quedó boquiabierto y dejde entonce, cogió pa'riba y pa'bajo con el Catire.

Después de haber hecho juntos la independencía Páez le quitó el puesto a Bolívar y lo desterró de Venezuela. Cuando se aburrió



Río Zulia. Témpera sobre papel.
Carmelo Fernández. Colección Gobernación del Estado Zulia.
Carmelo Fernández Testigo de lo irreal y de la historia,
Consejo Nacional de la Cultura, Caracas,
12 de diciembre de 1982 a febrero de 1983

de ser presidente le dejó el puesto a Monagas quien, con los de su bando, empezó a decir que Páez y todos los del tiempo de Bolívar eran unos viejos oligarcas y ladrones. Lo de oligarcas no lo sé explicar; ladrones, cualquiera sabe qué es, pero mi papá no es ni lo uno ni lo otro. A Páez le tocó irse y mi papá ya está en Santafé de Bogotá. Nosotros seguimos en Aruba.

—Codazzi, ¿usted sí podrá volver por nosotros? ¿Cuándo? ¿Cómo?



Cotinga morada aliblanca
Xipholena punicea.
Buffon



EN LA NUEVA GRANADA



Hojarasquero Alirrojo
Philydor erythropterus
Buffon



l cabo de siete meses mi papá nos mandó llamar. Salió a encontrarnos a Honda. ¡Qué calor..! Llegamos a Santa Fé el 1o de abril de 1849. ¡Qué frío...! Ese día subió a la presidencia José Hilario López. La ciudad estaba de fiesta. Había ventas de fritanga en las calles, salía música de las tiendas y grupos de hombres del pueblo, con cintas rojas en el sombrero, gritaban: ¡Viva López, candidato popular!, pues él apoyaba a los artesanos, obreros y estudiantes de las sociedades democráticas. Mi mamá se aterró.

—¿Y qué pasó con Mosquera, mejor dicho, con usted, Codazzi?

—No se preocupe. Mosquera terminó su período presidencial pero alcanzó a dejar aprobado mi proyecto.

—Sí, ya veo...

Hay mapas colgados en todas las paredes de la casa. El general Mosquera se había empeñado en que mi papá hiciera uno solo de cuanto mapa existía de la Nueva Granada: los que hicieron los españoles, los del sabio Caldas, de Roulin el científico francés, Bracho el venezolano, un señor Restrepo y de Joaquín Acosta.

—Bueno, ¿y eso qué significa en plata contante y sonante? Tenemos seis niños a quienes hay que darles de comer.

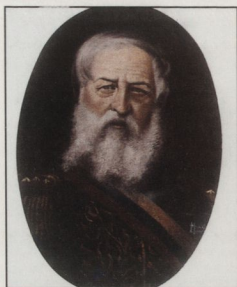
Mi mamá siempre tan práctica. Y tan directa. Por mí no se preocupen que casi nunca me da hambre.

—Me van a pagar 33.216 reales al año, por hacer una carta general de toda la República y un mapa corográfico de cada una de sus provincias. En los planos de las provincias habrá que determinar, según la Ley aprobada por el Congreso: “todas las ciudades, villas, aldeas, parroquias y vecindarios; los caminos y veredas que conducen de un pueblo a otro; las ventas, haciendas y hatos que puedan señalarse sin causar confusión; los límites de los diversos cantones...”

—¿Qué son cantones?

—Una división de la geografía política, más pequeña que las provincias. Tengo que determinar también: “las cordilleras, sus principales alturas y ramificaciones, las grandes selvas y su extensión...”

—¡Yo quiero ir a la selva!



José Hilario López



Tomás Cipriano de Mosquera



Joaquín Acosta

—“...el curso de los ríos, su navegación y ventajas; los afluentes, quebradas y caños...”

—¿Y todo eso por treinta y tres mil reales?

— Multiplicado por seis, pues tengo un plazo de seis años. Pero espere que no he terminado... “Cada una de las cartas provinciales irá acompañada de un itinerario y descripción general de la respectiva provincia, una relación detallada de los caminos, reducidos a jornadas de tropa y a leguas granadinas, con indicación de las horas que se empleen en transitarlos y de los puntos militares que sean propios para la defensa de las provincias y de los cantones...”

—¿Y eso por qué?

— Pues porque nunca se sabe....

—¿Nunca se sabe qué?

—En qué momento estalle la guerra. Y si no se conoce bien el terreno, se lo traga a uno vivo el enemigo.

—Pero papá, ¿no dizque sumercé no quería más guerras?

—Yo no. Pero una cosa es lo que uno quiere y otra lo que la vida va dando.

—ntonces, volvámonos para la colonia Tovar, ¿allá no es el paraíso? En el paraíso no puede haber guerra, ¿verdad mamá?

—Claro que no, el paraíso es el reino de la dicha y de la paz. Pero por ahora, vámonos a dormir, que la jornada ha sido larga y todos estamos cansados.

Y cómo será el cansancio que hasta permiso nos da de acostarnos sin lavarnos las manos ni los dientes. Y con una dulzura que sólo ella tiene, pero muy poquitas veces, nos conduce a los cuartos donde nos esperan las camas tendidas con sábanas blancas, heladas... ¡Mamá, qué frío!

Mi papá sigue por allá hablando mientras yo me quedo dormida.

—“... ríos, quebradas, cerros, bosques y pantanos... su población y estadística militar; comercio, ganadería, plantas apreciables, terrenos baldíos y su calidad; animales silvestres, minería, climas, estaciones y demás...”.

—Y todo eso por 33.216 reales...

—**Hoy** estuvo *Mascachochas* en el colegio.

—¿Quiéeen?

—*Mascachochas*. El general Mosquera.

Mis hermanos entraron al Colegio Militar. Mi papá es el rector, junto con otro coronel. El sabe mucho de eso porque desde los cuatro años lo metieron a una escuela militar. Estuvo en las mejores de Italia y quiere volver así de buena la de aquí. Que los estudiantes se preparen como ingenieros civiles y tracen calles, reparen caminos, abran acequias, dibujen planos y presten el servicio militar en su propia región; que los domingos hagan competencias de gimnasia, tiro al blanco, carreras de caballos en silla y en pelo, con carabinas o con lanzas con la participación de los otros muchachos. De esta manera trabajarán con más entusiasmo por tratarse del bienestar de su pueblo y no se desarraigarán.

A mi mamá le dieron la contrata de los almuerzos.

—¡Constanza! Venga me ayuda a desgranar alverjas.

—¿Cómo se dice: alberjas o arvejas?

—Eso ahora no importa: ¡mañana tienen que almorzar doscientos muchachos!

Quienes con toda seguridad odian las alverjas o arvejas.

—¿Y por qué le dicen *Mascachochas* a Mosquera?

—Porque habla todo raro. En Estados Unidos le pusieron una quijada de plata.

—Tan creído...

—No sea boba. Porque la suya se la rompió Agualongo, un guerrillero que estaba del lado de los españoles. Pero Mosquera ganó.

—¿Y qué fue a hacer hoy al colegio?

—Pues a hablar con mi papá. ¡Nos salvamos de ir a limpiar la acequia del río San Francisco que se desbordó con el aguacero de anoche!

El general Mosquera sigue siendo general pero ya no es presidente. A cada rato va a visitar a mi papá al Colegio Militar, o viene a la casa a mirar cómo van los mapas. Siempre llega con alguna idea nueva. O un negocio. Ahora le ha dado por irse a Panamá. Mi mamá dice que tiene la fiebre del oro.

—¿Y por qué la cadenita que tengo en el cuello a mí no me ha dado fiebre?

—No es eso. Así le dicen a la codicia que les da a los que se van a buscar oro a Panamá. Claro que él ya tiene suficiente en sus minas de Caloto, Barbacoas y el Chocó.

—Hay que hacer el canal en Panamá, Codazzi.

—¡Yo tengo el sitio, yo lo vi!

En sus "Memorias" que yo leo a escondidas, cuando entra a la Nueva Granada por el Atrato dice: "...Atravesé en menos de dos horas este istmo, que sería posible cortar para comunicar el Quibdó con el San Juan, el cual desemboca en el océano

Pacífico, y así inmediatamente unir estos dos ríos a los dos mares, a saber, el Atlántico y el Pacífico. Entonces se podría seguramente con un pequeño barco de vapor pasar en ocho días de un océano a otro...”

—Y un ferrocarril como el que están haciendo los norteamericanos en Panamá, entre Cali y Buenaventura, ¿por qué no?!

Y en esas se la pasan: construyendo un canal en Panamá, haciendo carreteras, o peleando por el golfo de Maracaibo.

—Usted benefició a los venezolanos, viejo Codazzi. ¡Devuélvame mi golfo!

Mi papá no sabe dónde meterse: Páez le pidió que marcara los límites de Venezuela. Mosquera alega que le quedaron mal, pues se le comió un pedazo a la Nueva Granada, como cuando en las fincas los vecinos se corren las cercas.

—Los límites cambian, como el viento. Según las mareas, las lluvias, las sequías, los terremotos o los maremotos, a la tierra se la traga el mar, vuelve a aparecer, o cambia de sitio.

—Yo sé. Pero una cosa son los límites y otra las fronteras: los unos son naturales y los fenómenos de la naturaleza pueden cambiarlos. Pero las fronteras son delimitadas por los hombres, son imaginarias, son dibujadas. Yo no sé usted cómo va a hacer, amigo Codazzi, pero lo del golfo ¡nos lo tiene que arreglar!

Y esta misma conversación la oiré por los siglos de los siglos, amen...

Esta mañana mi papá madrugó más que de costumbre. Todavía está oscuro. Yo lo acompañé a la plaza de Bolívar a poner el reloj con el de la catedral. Es cerquita porque nosotros vivimos

en la 6a con 6a, en el barrio de San Agustín. Hoy sale de viaje la Comisión Corográfica. El gobierno ha comisionado a mi papá para que dirija una expedición por toda la Nueva Granada, haciendo un estudio total del país.

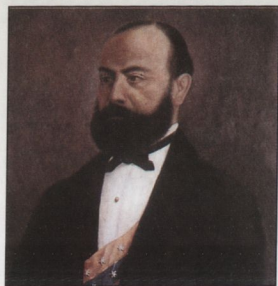
—Papá ¿qué es corográfica?

—Corografía quiere decir “descripción de un país”. Para poderlo describir, nosotros tenemos que recorrerlo, analizarlo, en una sola palabra, conocerlo.

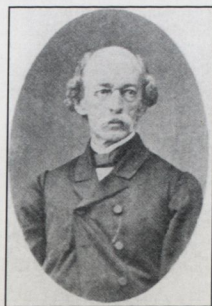
Volvemos a la casa y entramos por atrás, por el solar. Hay cinco caballos listos con sus aperos, los zamarros encima de las sillas, las ruanas amarradas atrás. Carrasquel está terminando de cargar las mulas con víveres, loza, ropa, libros, los instrumentos... Él está encargado del equipaje, cocinar, armar las carpas y desarmarlas mientras los demás se dedican a sus respectivos trabajos.

Don Manuel Ancizar es el secretario y cronista de la Comisión. Su oficio consiste en “describir las costumbres, las razas en que se divide la población, los monumentos antiguos y curiosidades naturales y todas las circunstancias dignas de mencionarse”. Está instalado

Retrato de José Geronimo Triana.
por Alberto Urdaneta.
Iluminación:
Silvia Gómez



Santiago Pérez



Manuel Ancizar

en la cocina tomándose un caldo de costilla. Mi mamá se excusa con mi papá.

—El quiso hacerse aquí al lado del fogón, como los gatos.

También está allí el botánico, y médico, José Gerónimo Triana. Le llorosea un ojo. Triana deberá “examinar, clasificar y dar nombre botánico a las plantas que se vayan encontrando... llevando separadamente un registro ordenado, en que estén clasificadas y descritas las plantas de aplicación útil en la medicina, en las artes i para la exportación”. Además tendrá que “recojer, examinar i describir las plantas nuevas u otras” y hacer los herbarios.

Al tiempo con nosotros llega Carmelo Fernández, un sobrino del general Páez, que salió huyendo de Venezuela como su tío cuando éste se embarcó para los Estados Unidos. Carmelo se vino para la Nueva Granada, que ya conocía, pues había combatido en la Independencia con uno de los batallones venezolanos. El es pintor, el ilustrador de esta obra geográfica, y “se espera que a través de sus dibujos podrán ser presentadas al mundo culto las tan variadas, magníficas y casi desconocidas bellezas del país”.

Cada uno tiene un trabajo específico qué hacer en la expedición. El de mi papá, ya se sabe. Nos lo leyó el día en que llegamos a Santa Fé. Y además, coordinar todo, al fin y al cabo él se inventó la Comisión Corográfica.

—Agustín, Araceli, Domingo, Lorenzo, Constanza, María del Rosario, ¡vengan!

Todos corremos a meternos entre la cama de mi mamá que está leyendo el periódico “El Neogranadino”. Nos lee en voz alta la primera crónica de Alpha, el seudónimo con que escribe don Manuel Ancízar: “Era la mañana y los primeros rayos del sol derramaban copiosa luz sobre Bogotá y la extensa planicie que demora al frente de

la ciudad. Leves vapores se alzaban desde el pie de la cordillera inmediata, escalando lentamente las majestuosas cimas de Monserrate y Guadalupe, cuya sombra se proyectaba bien adelante de sus bases, contrastando la suave oscuridad de estas con la brillante iluminación de las crestas y picachos salientes de la parte superior...”

Terminaron la primera jornada en el Puente del Común, en una posada poco cómoda a la que mi papá, con su entusiasmo infinito, no le puso el menor reparo: “En habiendo techo para los aguaceros y paredes para resguardarse del viento helado, nadie debe quejarse de la posada... Los muebles y el aseo son accesorios inútiles, puesto que mientras se duerme todos los gatos son pardos.” Y sigue contando Ancízar que halló a mi papá “confortablemente acostado sobre el pellón de su silla con los zamarros por almohada, y como no fueran suficientes para este oficio, les había agregado el blando aditamento del freno, entre cuyas paletas de hierro colocó la cabeza y se puso a dormir deliberadamente”.

—¡Ahí está pintado Codazzi!

Estamos todos los niños en el cuarto de jugar, yo tratando de hacerle unas trenzas a mi muñeca, cuando oigo alegres en la puerta los golpecitos que siempre da mi papá cuando llega.

—¡Mi papá! ¡Llegó mi papá!

Y corro a abrirle. Sí es él. Ahí está. Rucio de polvo. Huele a caballo. Me abraza y me alza. Llegan mis hermanos, mi mamá. Llevamos ocho meses sin verlo. Me baja al suelo para abrazarla a ella.

—¿En dónde estuvo?

—¡No acosen niños, déjenlo llegar!

Pero mientras yo le ayudo a quitarle las botas él ya está contándonos que visitaron el antiguo reino de los chibchas. En la laguna de Fúquene encontraron sepulturas de indios. Abrieron una en la que había un esqueleto ya pulverizado, ollas de barro con comida para el viaje del difunto al reino de las sombras, y catorce esmeraldas imperfectas, que llaman morrallas.

— ¡Muéstrelas! ¿Dónde están?

Son verdes, turbias, informes como pedazos de botella romos por el tiempo. Pero no nos podemos quedar con ellas porque van para el Museo Nacional. Lo mismo que las muestras de maderas preciosas que trajeron de la selva del Carare y las plantas medicinales.

— Vimos tigres...

— ¿Verdad?

— ...y osos y leones.

— ¿Y no le dio miedo?

— ¿No los atacaron?

— Como viven saciados, bien comidos, no atacan. Lo miran a uno y se van.

— ¿Qué comen?

— Venado. Chigüiro. Son muy sabrosos.

La negra Luisa anuncia que la comida está servida. Yo no tengo hambre. Mi mamá me obliga a comerme aunque sea la carne. Yo masco y masco y masco. Cuando nadie me ve, me saco esa bola gris de la boca y la tiro debajo de la mesa. Afortunadamente ahí está "Bonaparte" y se la come.

Por culpa del bocado de carne me he perdido de parte del relato de mi papá. Nos está narrando la descripción del señor Ancízar de la sierra nevada del Cocuy:

—“El aire es allí quieto, insuficiente para la respiración agitada por el ejercicio, de donde procede el desfallecimiento que sufren las personas y las bestias llamado “chacúa” perdiendo el tino y el equilibrio; la atmósfera es tan diáfana que las distancias se equivocan, juzgando muy de cerca los objetos lejanos; ni una ave, ni un ruido de ida perturbaba la solemne soledad, y la voz humana se trasmite clara y sin rival por el espacio...”

—En la Laguna Verde encontramos huevos de un animal gigantesco.

—¿Un mastodonte?

—No. Hay huesos y muelas de mastodonte por toda esa región, por el río Chicamocha. Trajimos un colmillo de nueve palmos de largo.

—¡Déjenoslo ver!

—Carrasquel sabe en dónde está. Mañana lo miran. Él también tiene qué descansar.

Entonces pasa al tema de los tunebos, que son los indios que viven en el Güicán, un poquito más abajo. “Cuando Dios crió sol y luna crió tunebo y tierra libre”. Estamos en 1850 y la tercera parte de la población de la Nueva Granada está formada por indios.

—¡Y hay que ver las injusticias que se cometen con ellos

Durante el segundo viaje de la Comisión pasó una cosa muy emocionante. Mientras mi papá se quedó trabajando en el Socorro, Ancízar y Triana se fueron a Piedecuesta donde asistieron a una ceremonia de liberación de esclavos, pues el 1o. de Enero de este año de 1852 empezó a regir la ley de la abolición de la esclavitud propuesta por el presidente López. Cuenta Ancízar en “La peregrinación de Alpha”: “Desde el estrado en que estaban el Gobernador, el cura y otros empleados municipales, se iban leyendo una por una las

cartas de libertad, que recibían los manumitidos puestos al frente y vestidos de nuevo, como si hubiesen querido dejar atrás hasta las ropas que les cubrían en la servidumbre... ellos permanecían graves, silenciosos: alguna lágrima rodó por la mejilla de los ya viejos, a quienes la libertad, su caro ensueño de largos años, les venía de improviso al final de sus días...”

Cuando le contaron esto a mi papá al reunirse con ellos en Piedecuesta, se quedó serio un momento y luego llamó a Carrasquel que estaba acomodando el equipaje para continuar camino todos juntos.

—Carrasquel, desde hoy usted será libre, por orden de la Constitución y del presidente de la República.

—Yo no conozco a ese señor. Mi único amo es usted, amo Codazzi.

—Pues desde hoy dejo de ser su amo, Carrasquel.

—¿Y quién me va a cuidar? ¡Yo soy huérfano! ¿Y a quién voy a cuidar yo? ¿Pa'dónde voy a coger? No tengo casa, no tengo a nadie, mi familia es la suya...

Mi hermano Domingo, que iba en ese viaje, los vio. Se abrazaron, lloraron, pero mi papá insistió y aunque las cosas aparentemente siguieron siendo iguales, algo nuevo nació entre ellos.

La luz del comedor sigue encendida. Eso es mi papá que está trabajando “sin pausa y sin prisa” como él dice que hay que hacer los mapas. Mañana tiene que entregarle al Congreso el informe de estos dos viajes. Está dibujando la última plancha. Son ocho, una de cada provincia: Ocaña, Pamplona, Santander, Socorro, Soto, Tundama, Tunja y Vélez. Cuatro libros escritos con descripciones y catorce cuadernos con itinerarios.



Codazzia speciosa Karsten et Triana

Domingo, que se ha vuelto todo creído desde que mi papá lo llevó en el viaje pasado, me cierra la puerta y no me deja entrar.

—Aquí estamos trabajando.

—Yo quiero ayudar.

—Está muy chiquita, no puede.

—Sí puedo.

Doy alaridos hasta que mi papá me abre la puerta.

Araceli, que tiene una letra muy bonita, está escribiendo el "Itinerario de la provincia de Vélez al puerto del Carare y boca de este río:

Nombre del paraje: Alto del Roble.

Su calidad: Quebrada con casas.

Su temperamento: Frío sano.

Su distancia en leguas: 8/10.

Horas de marcha de tropa:

por llano: 0.

por subida: 4 y 1/2.

por bajada: 3 y 3/4.

Total: 8 y 1/4".

Mi papá me sienta junto a él en un butaco alto pero me advierte:

—Mirar y no tocar.

Está coloreando la provincia de Tundama con sus tintas de colores que trajo de París. El amarillo lo usa para los caminos, el azul para los ríos y los lagos; el rojo todavía no he visto en qué y el verde para las montañas. Mete el pincel más finito en la tinta azul, lo escurre en el borde del frasco y recorre río por río. Con los ojos yo voy siguiendo el paso del pincel a la tinta y al nuevo río que aparece.

—Constanza, váyase a acostar que se está quedando dormida.

—¡No! Yo estoy mirando.

Pero es cierto. Se me están cerrando los ojos y empiezo a soñar con un cuento que leí de Juan Carlos Moyano:

“Un escolar extendió en el piso su cuaderno de geografía. Lo miró tanto que terminó maravillándose ante la perfección de su mapa. Se hizo pequeñito y comenzó a caminar por el país que había dibujado. Murió ahogado en un lago de tinta fresca”.

Me despierto y ya es de día. “Bonaparte” me lame la cara. Estoy entre mi cama.

En el tercer viaje emprendieron hacia Antioquia, Cauca y Córdoba. Salieron por Facatativá, y pasaron por La Mesa, Anapoima, Apulo y Tocaima. Cruzaron el Magdalena en Guataquí, pasaron por Las Piedras, El Espínal y llegaron a Ibagué. De allí llegó una carta de mi papá en que dice, entre otras cosas: “...El cronómetro francés siempre enfermo porque dos veces se ha parado; por fortuna el que compré sigue hasta ahora mui bien i como lo tenía arreglado con el otro tenía el atraso de aquél. Puedes pues decir a Mr. Bergeron que el cálculo que le mandé es exacto porque lo he vuelto a ver con la longitud de un punto que Humboldt sacó por un eclipse no sé si fue de luna o de sol...”

—¿Humboldt no era el viejito peliblanco que estuvo en Venezuela y los iba a visitar en París?

—Sí. Un sabio.

—¿Él también era alemán?

—Sí.

—¿Por qué a todos los alemanes les da por venirse para acá?

—A todos no, pero sí a muchos científicos, y no sólo alemanes sino de todas partes de Europa. Como el señor Schlim que se encontraron

en Ocaña: él es un botánico belga; Warsewiz, que se va a ir con Triana hasta Guayaquil es prusiano. Hamilton y Holton son ingleses. De Greiff que está trabajando en Antioquia. Karsten...

—¿Y por qué no se quedan en sus casas?

—Pues porque como este es un continente tan nuevo para ellos, y tan diferente a Europa, se interesan en él. Allá hay estaciones, y aquí sólo temporada de lluvias o de sequía y la vegetación cambia a medida que el mar está más cerca o más lejos. Allá todos son blancos y aquí hay indios, negros, sambos, mestizos, con creencias, mitos y rituales que los llenan de asombro. Tenemos árboles que allá no crecen, animales que no conocen, pájaros por millares... Pero esas cosas se las sabe explicar su papá mejor que yo.

Acompaño a la negra Luisa a la tienda a comprar el pan y la leche del desayuno.

—Dígale a doña Araceli que es la última vez que le fio.

—¿Qué es fiar, Luisa?

—Pué hacé conjianza, que é lo que ejta señora ya no no tiene, y con tóo lo que le hémo compráo...

—Plata en mano y con mucho gusto yo les sigo vendiendo.

Volvemos a la casa con el pan y la leche pero como regañadas. Mi mamá está leyendo una carta que le acaba de llegar de mi papá y tampoco se ve muy contenta: "Mucho trabajo he hecho en corto tiempo porque el sol me ha favorecido pero he gastado mucho... Las bestias no encontraban paso i a fuerza de maíz las he podido tener en pie pero allá costaba 2 pesos el almudío i así todas las cosas... i si los compañeros no vienen tengo que pedir prestado 100 pesos aquí... sin un aumento me veo forzado a abandonar una obra que con toda mi alma quería concluir pero que la falta de Monis es la causa de que yo

renuncie a este trabajo, para que me haga el favor de preparar al Ministro o al Presidente, pues que al mismo llegar pediré la revisión de la contrata por una i mil razones, la principal es que no me alcanzan los fondos... este año perderé como 800 o más pesos...”

Entonces yo corro al cuarto de trabajo de mi papá. Esculco en una alacena donde él guarda herramientas, frenos de caballos, cajas con piedras que recoge en los viajes, herbarios secos, rollos y rollos de mapas, la cajita de cuero con el mechón de pelo de la mamá y el anillo de oficial de Napoleón. Esta vez no me lo pongo en uno, otro, otro, todos los dedos a ver en cuál no se me sale, porque voy derechito a buscar en la tabla más alta —que para alcanzarla tengo que treparme en una silla— una botellita que él guarda como una reliquia. La botellita está llena de polvo de oro. Una tarde él me la mostró al lado de la ventana, la agitó y eso que parecía arena ¡ay que ver cómo lo hizo brillar el sol!

—En el Chocó me llenaron seis botellitas como ésta de polvo de oro, a cambio de tijeras, espejos, hilos, telas y zapatos, que yo iba vendiendo. Allá todo lo pagan con oro.



Mapa corográfico de la Provincia del Socorro, 1850
Archivo General de la Nación.



Mapa geográfico y político del departamento del Cauca. Museo Nacional, Santaafé de Bogotá

—Deben ser muy ricos...

—¡Pobrísimos! Sacar el oro de los ríos es un trabajo muy duro, todo tienen que entregárselo a los dueños y al gobierno, y a ellos les pagan muy poco.

—¿Qué hizo las otras cinco botellitas?

—Las volví a cambiar por mercancía para regresar a Italia. Guardé esta, por si algún día me quedo sin trabajo y sin plata.

La agito como él hizo y miro el polvillo brillar otra vez al sol, antes de salir corriendo con ella bien cogida con las dos manos para que no se me vaya a caer.

—¡Mamá, mamá, mire: para que le mande a mi papá!

No quiero contar el regaño que me metió. Yo sólo estaba tratando de ayudar.

—¿Cómo se les ocurre? ¡Edward Cullen es un estafador!

—No se exprese así de la gente, Codazzi...

—¡Pero lo es! ¿Cómo se le ocurre al gobierno contratarlo a él para construir el canal interoceánico? ¿Cuándo firmaron el contrato?

—El 1o de Junio.

—El 1o de Junio... yo estaba en Medellín. Perfectamente me hubieran podido consultar. ¿Para qué me tienen? Para trabajar como una mula, caminar siete leguas por día como un soldado raso. Pero no es sino que aparezca un mechicolorado de esos para que se les escurran las babas oyéndolo y a todo le digan que sí. ¿Cuánto hace que estoy yo con el cuento del canal? ¿Por qué no me mandan a mí a hacer los estudios pertinentes? ¿Por qué le creen al primer aparecido?

Edward Cullen es un irlandés que se metió a hacer negocios y trueques con los indios de Guayana y de Venezuela. Luego se fue a

buscar oro a California. Después se reunió en el Urabá en el golfo de San Miguel con un escocés, se ganó la confianza de los indios y logró que lo llevaran a ver “el otro mar” en un punto llamado Puerto Escocés. Se atribuyó este descubrimiento y en Londres entusiasmó a unos banqueros para que formaran una sociedad a la que se metieron algunos comerciantes ingleses residentes en Bogotá, a donde vino en busca de mapas. Le dieron quince millones de libras esterlinas para construir un canal y desde el mes de mayo anda con dos ingenieros metido en la selva del Darién.

—Nuestro istmo atrae las miradas de todo el mundo civilizado. Tanto Inglaterra como Estados Unidos piensan en un canal interoceánico para el tráfico mundial. ¡Pero también se andan creyendo que esto es tierra de nadie! Y el sitio, que aún está por determinar, sin lugar a dudas queda en territorio neogranadino. ¿Cómo el gobierno no aprovecha para negociar bien, con todas las obras que hay por hacer, con toda la deuda externa que tiene que pagar?

—Pues vaya y le dice eso al Presidente.

—Al presidente López ya no le interesa. Está en sus últimos días de gobierno y lo único que le interesa ahora son las próximas elecciones. Los liberales están divididos.

—Sí. Yo no sé qué tanto se viva eso en provincia donde usted se la pasa, Codazzi, pero aquí la pelea entre gólgotas y draconianos está al rojo vivo.

¿Qué serán gólgotas? Mi mamá a veces llama “el mártir del Gólgota” a Jesucristo porque lo crucificaron en ese monte. Pero el pobre ¿qué tendrá que ver con los liberales?

—Que los liberales son soñadores e ilusos, como lo fue Cristo.

—¿Y los draconianos?

—También son liberales, pero más rígidos, como Dracón, un político de la Grecia antigua.

—¿Y quién va a ganar las elecciones: Cristo o Dracón?

—Obando.

Y vuelve a lo del canal. Le cuenta a mi papá que en estos días se supo que unos americanos habían estado navegando sin permiso de nadie por el Atrato y otros ríos del Chocó hasta salir al Pacífico; y que al irse, como lo más natural del mundo, dijeron que muy pronto pensaban volver.

Mi papá se iba muriendo de la impaciencia porque antes de emprender viaje hacia el Darién tuvo que entregar los mapas de las tres provincias que había visitado ese año con sus correspondientes descripciones geográficas: Antioquia, Córdoba y Medellín.

En Enero de 1853 tomó el vapor “Vencedor” y bajó por el Magdalena hasta la costa atlántica. El día 24 en la bahía de Caledonia se encontró con una corbeta americana, un brick inglés y un vapor francés, todos de guerra. Los 27 americanos ya estaban en tierra, a cuatro leguas de distancia. Los ingleses, bajo el mando de Gisborne, el ingeniero Mc Cullen, y los franceses con otro comandante, —que reunidos hacían un total de 60— salieron a explorar la región durante dos meses. Tuvieron que pagarles a los indios para que los dejaran pasar. Mi papá se entró por el Pacífico con unos soldados y otros ingenieros ingleses que estaban allí en otro vapor de guerra.

Exploró los afluentes del Atrato con la ayuda de los indios cunas y un documento de Humboldt, quien estuvo en esa zona en 1801, buscando el sitio en “donde el viajero podía con la mano derecha tomar agua que corría del océano Atlántico y con la izquierda agua que corría del Pacífico”. Pero llegó a la conclusión de que a lo sumo podría construirse un canal para barcos de fondo plano y de poco tonelaje, cosa que no se justificaba, dado el altísimo costo de la obra. Además el interés del canal es darle paso a un gran comercio entre los dos océanos y los continentes.

—Mamá, en el colegio están diciendo que los mapas de mi papá ya no sirven.

—¡No diga bobadas!

—Lo dijo el profesor de geografía...

—Pues por más profesor que sea no puede saber más que su papá que es el geógrafo de la Nueva Granada. Y de Venezuela.

—Es por lo que redujeron las provincias y suprimieron los cantones.

¿Suprimieron los cantones? Y toda la gente que vive ahí, ¿qué la hicieron? ¿La suprimieron también? ¿A dónde la mandaron a vivir?

—Allá siguen todos, Constanza, no se preocupe. Las provincias y los cantones son divisiones políticas...

Yo no sé porqué mi mamá me adivina el pensamiento...

—O sea que el cambio de política, el cambio de presidente, ¿cambia la geografía?

—Cambia la organización y administración del territorio. La geografía no, porque esa sólo la cambia la mano de Dios.

—También la cambian los derrumbes, y los temblores, y los desbordamientos de los ríos, dice mi papá...

—¡O como Italia y tuta Europa cuando Bonaparte!

¡Uy, qué susto! Es la tía Gianetta que ya parece un espanto. Anda por toda la casa con un hábito de franciscano que se ha puesto, porque le dio artritis como al abuelo. Ya no se sabe cuando está despierta o cuando dormida. Mis hermanos siguen hablando de cosas como de grandes. En realidad ya están grandes. ¿Y por qué yo por más de que cumpla años sigo siempre igual?

—El Ecuador anda diciendo que el Putumayo es todo suyo. Y Brasil nos quiere quitar un pedazo de tierra.

—Eso es porque descubrieron unas minas de oro por ahí.

—Yo no sé cómo va a hacer mi papá con sus mapas con esa cambiadera.

—Pues por eso le quitaron al viejo Ancízar de la Comisión: lo tienen de un lado para otro discutiendo las fronteras.

—Niños... ¡A dormir!

—Ya vamos, mamá...

¡Qué manía tienen los grandes de estar siempre mandándolo a uno a dormir, a levantarse, a almorzar, a todo! Cuando yo tenga niños los voy a dejar que hagan lo que se les dé la gana.

—¡Ayuto! ¡Auxilio!

—¿Qué pasa, Gianetta?

—¡Ladrones!

Todos corremos hacia el cuarto de ella. En el corredor nos tropezamos con la negra Luisa armada con el palo de trancar la puerta de atrás. Mi mamá también se aparece con María del Rosario alzada, pues con la gritería se ha puesto a llorar.

—¿Qué vio? ¿En dónde están?

La tía Gianetta está acostada plácidamente en su cama, ignorante del revuelo que ha causado.

—¡Sí roban la Nova Granada...!

Una vez hecha la inspección del canal mi papá siguió solo Chocó abajo hasta encontrarse en Nóvita con los demás. El cronista



Henny Pisco, Medellín. Bata de oca negra, 1852
Colección Juan Kalle

Cosecheros de anís. Indios mestizos.
provincia de Ocaña
Acuarela de Carmelo Fernández, 1850



Estancieros de la Provincia de Vélez.
Tipo blanco
Acuarela de Carmelo Fernández.

Tejedora y mercaderas de sombreros
nacuma en Bucaramanga.
Tipos blanco, mestizo y zambo.
Provincia de Soto.
Acuarela de Carmelo Fernández.



de ahora es Santiago Pérez y el dibujante, Enrique Price. Carmelo Fernández tuvo problemas con mi papá en el segundo viaje por andar con “las pelonas”, que supongo que serían las indias, en vez de hacer su trabajo. Finalmente se volvió a Cúcuta.

Después de recorrer las provincias del sur “a lomo de indio”, llegaron a Buenaventura, estuvieron en Tumaco y exploraron la isla de Gorgona. Bajaron a Pasto, Las Lajas y los volcanes en el límite con el Ecuador. De regreso en Popayán —donde el paisaje es tan diáfano que no es sorprendente que el sabio Caldas se hubiera dedicado tanto a la geografía— estudiaron las fuentes del río Cauca y el volcán de Puracé: “El suelo ardía bajo nuestros pies. Sentimos un ruido subterráneo, como de agua hirviendo, y el vapor emergió de las grietas de la tierra. Mis instrumentos peligraban...”

Como la que también seguía peligrando era la soberanía de la Nueva Granada, al comenzar el año 1854 el gobierno mandó a mi papá a entrevistarse con las comisiones de las marinas norteamericana, francesa e inglesa que continuaban sus exploraciones para la apertura del canal. Yo no sé cómo sería el informe que le envió al gobierno, pero la carta que le escribió a mi mamá dice así: “Ahora te diré en pocas palabras que el Ingeniero Inglés Gisborne se peló completamente y que el Dr. Cullen es un solemne embustero. Todo lo que yo decía en Bogotá salió al pie de la letra...”

...El Ingeniero Inglés Gisborne no quiso esperar que llegase una goleta nuestra que debía traerme 60 presidiarios como cargueros y 90 soldados con Jefes i oficial con un mes de víveres...

...Hemos estado registrando montes i ríos durante 4 días caminando dentro del agua a veces a la rodilla a veces a la cintura. Las botas no me servían porque se llenaban de agua, i tenía un peso enorme: me serví de zapatos. Es inútil describir los trabajos que pasamos no hubo sino 6 o 8 que no se cayeron, yo fui del número de estos... En fin no saben andar en nuestros montes ni conocen la configuración de nuestros cerros. Yo le fui de mucha utilidad...

...Los americanos que se fueron antes retrocedieron 6 en busca de

viveres... pero no pudieron alcanzar a encontrar los 21 restantes de los cuales cuando yo salí de Caledonia no había noticias ningunas habiendo transcurrido 22 días. Si a mi regreso no hai noticias ni aviso seguro q' estén al otro lado temo mucho que todos hayan sido víctimas del hambre o de los indios...

...Una partida de 23 hombres entre marineros i oficiales de un vapor Inglés que estaba en el Pacífico entraron por el río Sabana... gastaron 13 días pa'hacer (a mi modo de ver) solamente 7 leguas... Esta partida se ha pelado también creyendo que de un cerro en donde subieron habían visto el mar Atlántico. En el punto en que estaban no podían verlo y una niebla de las que cubren horizontalmente nuestras selvas les pareció el mar. Fue una ilusión óptica que le impidió ver la serranía de la cual sí podían verlo pero pa'eso necesitaban ellos caminar todavía abriendo pica 6 días cuando menos. Iguales errores cometió conmigo el Dr. Gisborne creía estar en la cordillera y estábamos en un ramal, encontró aguas que iban casi en la dirección q' se buscaba y creyó inmediateamente q' al fin iban al Pacífico y se quejaba de que yo no dijera que íbamos bien porque al contrario opinaba que se iba mal, pero no habíamos pasado la cordillera y que las aguas iban al Atlántico. A los dos días se convenció porque estábamos cerca de los buques nuestros. Habíamos vuelto pues atrás... Temo mucho que sea realizable la empresa y te aseguro que no quisiera estar en el pellejo de Gisborne y menos de Cullen si esta gente tiene vergüenza... Nuestra correría será definitiva es decir resolverá el problema de ser practicable o no el canal. Yo lo dudo mucho."

Mi papá después recorrió toda la provincia de Panamá haciendo sus levantamientos cartográficos y llegó a la conclusión de que la mejor ruta para construir el canal sería entre Colón y ciudad de Panamá.

—¡Tan, tan, tan, tan, tan!

¿Por qué están tocando las campanas de la catedral a estas horas?

¿Y esa música? Ahora suena un bambuco, como tocado por una banda de guerra... ¡Uy! ¡Un cañonazo!

—Mamá, ¡qué miedo! ¿Qué está pasando?

Siguen las salvas de cañón. Es medianoche. Nos asomamos todos a las ventanas. En otras casas también hay luces encendidas, gente asomada, extrañada. Una que otra persona en la calle, de pijama y ruana. Agustín se pone el sombrero para salir.

—Voy a averiguar qué está pasando.

—¿A dónde, hijo?

—Pues a la plaza de Bolívar, los cañonazos vienen de allá.

—¡Tenga cuidado!... ¡No se demore!

La tía Gianetta aparece blanca como un papel.

—Volvieron los franceses... Otra vez la guerra.

Mi mamá se queda muda. En la calle gritan ¡Abajo los gólgotas!

—Con que es eso...

—Cada vez se odian más, gólgotas y draconianos.

—Y los conservadores los azuzan.

La negra Luisa trae una agua de panela, pero ni así nos calentamos. El miedo da frío.

—¿Qué hacemos para que vuelva Agustín?

—¡Yo voy a buscarlo!

—Ni se le ocurra, Domingo. Con uno afuera basta y sobra.

“¡El general Melo dio golpe de estado!” alguien anuncia en la calle.

—¿Qué es golpe de estado?

—Tumbar al presidente para gobernar él con los militares. ¡Mi Dios nos ampare y nos favorezca!

Mi papá no tardó en enterarse de la noticia. El general Mosquera, que estaba en Cartagena, lo mandó llamar. Los viejos generales de la república repudiaron el golpe y movilizaron las provincias para armar la resistencia. Mosquera lo hizo en el norte y nombró a mi papá jefe del Estado Mayor. Tres ejércitos marcharon hacia Santa Fe de Bogotá hasta que cercaron a Melo. A nosotros también. No había pan, no porque siguieran sin fiarnos en la tienda, sino porque Melo ordenó darle toda la harina de trigo a los caballos. Tres días tuvimos los combates encima, en Las Cruces, a cuatro cuadras de la casa.

Un día golpeó un soldado a la puerta.

—¡Que manda decir mi coronel Codazzi que le envíen el mapa de la ciudad!

—¿¡Dónde está Codazzi?!

—Allá no masito.

—¿Está bien?

Mi hermano Agustín corre a reburujar los rollos de mapas en el armario de mi papá. Voy a ayudarle.

—¡Quite, chinita, no haga estorbo!

—Yo sé dónde está. ¿Para qué lo querrá?

Agustín se admira de lo rápido que lo encuentro.

—Para armar la estrategia, el plan de ataque. ¡Voy a llevárselo!

—¿Y lo dejan meterse a la guerra?

La tía Gianetta, como siempre, aparece en el momento menos pensado.

—Agostino su padre, fratelo mío, a los diechisete ya era soldado.

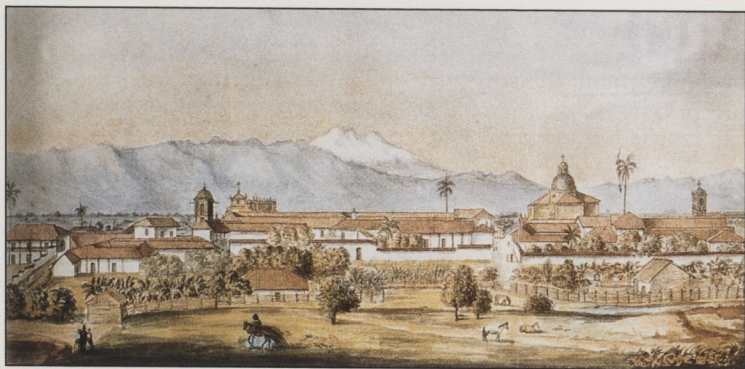
Años después, cuando yo le haga anotaciones a una de las traducciones de las “Memorias” de mi padre, agregaré este episodio que él omitió: “El Capitán mandó a un Oficial a pedir refuerzo...Codazzi y un soldado continuaron haciendo fuego hasta que el soldado cayó herido de muerte. Sólo Codazzi resolvió morir al pie del cañón y tuvo la audacia de montarse a horcajadas en él a esperar la muerte. En estos momentos llegaba el refuerzo mandado por el mayor del Cuerpo, quien gritó a Codazzi:

-¿Qué hace usted ahí? Este respondió con impavidez: “Aquí, esperar la muerte”. Contaba veinte años...”

—¡Yo tengo diecinueve!, interrumpe Agustín.

—“Mostró en estas batallas tal pericia, valor y sangre fría, que los

Vista de la ciudad de Cali y Nevado del Huila.
Provincia de Buenaventura.
Acuarela de Manuel María Paz.



mismos veteranos le admiraron. Mereció el anillo de los Oficiales de Napoleón que se distinguían, y que llevaban en el dedo pulgar. Es una gruesa argolla de oro con un camafeo, que al abrirse, deja ver la estatua de Napoleón con los brazos cruzados”.

Después de un silencio, mi mamá sale del arrobamiento en que ha caído con el relato de la tía Gianetta.

—Yo no sabía eso... ¡Agustín! ¿Dónde está Agustín?

—Uuuu... ya debe estar entregándole el mapa a mi papá.

—¡Dios mío, protéjelo!

—Papá, ¿qué está escribiendo?

—Un “Resumen del diario histórico del ejército del Atlántico, Istmo y Mompós llamado después el ejército del Norte” que me encargó mi general Mosquera.

—Y la Comisión Corográfica, ¿se acabó?

—Ay, Constanza, cuando se atraviesa la guerra, todo lo demás pierde importancia.

—¿Yo perdí importancia para usted?

Después escribió las descripciones de las provincias de Panamá, Azuero, Veraguas y Chiriquí y las entregó a la imprenta junto con los mapas de Córdoba, Medellín, Pamplona, Santander, Socorro, Soto, Tunja, Tundama y Vélez. No tuvo que ir a París, donde se editó el atlas de Venezuela.

En abril de 1855 fue elegido Manuel María Mallarino. Codazzi (ya estoy diciéndole Codazzi, como mi mamá) firmó un nuevo contrato con el gobierno. Le ampliaron el plazo de seis a diez años,

para terminar el levantamiento cartográfico del territorio nacional. Se le concedieron diez mil pesos que se le entregarían al concluir el trabajo a él o a su familia en caso de muerte. Y como lo único que le interesaba era terminar el atlas de la Nueva Granada, logró finalmente ser liberado de su oficio militar para poderse dedicar exclusivamente a esta tarea.

Hizo las mediciones de la zona que baja del Salto del Tequendama hasta el Magdalena y buscó el nacimiento del río Sumapaz. Después fue a Tierradentro, pasando otra vez por Popayán y Cali en este mismo año. Y antes de que se terminara, la Comisión emprendió una expedición con Karsten por Chingaza, Ubaque, Cáqueza, Fómeque y Quetame, durante la cual estuvo con “diarreas que no pude contener ni con agua de manzanilla, ni yerbabuena i sólo con cáscara de cidra y estando 48 horas sin comer pero trabajando siempre. Anoche tomé un cocimiento de linaza, toronjil y siete gotas de láudano y durante la noche no he tenido novedad i hoi tampoco”.

Siguieron llano adentro hasta el corazón de Arimena, una antigua misión de los jesuitas. Estuvieron en San Martín, cruzaron el río Negro, el Guayuriba y el Acacías. En época de lluvias —las cuales dificultaban los trabajos de la expedición— llegaron a Jiramena, sobre el Meta. A mi papá le pareció que este río podría ser tan navegable como el Magdalena y el Orinoco. Triana se enfermó, Carrasquel se rompió un brazo, a los baquianos les dio disentería, empezaron a escasear los víveres y los caballos a quedarse sin herraduras. Mi hermano Domingo estuvo en ese viaje.

“Dominguito me ha ayudado mucho, él era el ayudante médico que tenía... Ayer tomé por precaución un vomitivo y mañana pienso tomar una purga, porque no tenía ganas de comer i la lengua estaba un poco sucia... Las bestias no tienen novedad solamente están sin zapatos i aquí no hai quien pueda calzarlas i tendrán que seguir a pie descalzas”.

Remontaron el río Arauca. Penetraron la cordillera oriental: Tame, Ninchía, Labranzagrande, Pajarito y sus salinas. Ancizar decía que mi papá estaba "tan familiarizado con la naturaleza y los accidentes de estos países caracterizados y definidos por los Andes, que le bastaba subir a una eminencia y echar una ojeada para adivinar la dirección y ramificaciones principales de las cordilleras, la forma de sus rampas invisibles... la existencia y hasta el caudal de los riachuelos y ríos... pormenores que para otro observador habrían sido todavía secretos... No había problema que no resolviera ni cálculo que no terminara brevemente y como jugando."

Salieron al Guavio y volvieron a Bogotá. A repetir mapas. Porque en su ausencia algunos estados se habían separado y, en consecuencia, habían variado las divisiones políticas. Cosa que a él lo descorazonó, no tanto por tener que rehacer su trabajo sino porque el país se desintegraba. Además los límites con Ecuador y Brasil se seguían redefiniendo. Así como la Gran Colombia se había dividido, la Nueva Granada empezaba a federalizarse, a pulverizarse.

Pero en esas volvió a aparecer el general Mosquera. Él también ha envejecido. Su negocio del ferrocarril en Panamá no le funcionó y Mosquera y Cía. en los Estados Unidos quebró. Pero como el ave fénix, renace al volver al juego de la política. Rápidamente se convierte en la cabeza de un nuevo partido de centro que se está formando con los descontentos de los dos partidos y llega con un escrito que narra el viaje por el Caquetá de dos hermanos de apellido Mosquera, gemelos y negros. Mi papá se contagia de su entusiasmo y esta expedición lo pone a soñar. Concerta una cita para que lo guíen por la selva y emprende su octavo viaje. Cubre la selva del Amazonas y el alto Magdalena hasta su nacimiento, el valle del Sibundoy, San Agustín, y los llanos del Huila y el Tolima. Navega por el Bodoquergande, el Orteguzaza, el Caquetá y el Putumayo, donde cruza la línea del Ecuador.

Desde San Agustín le manda una carta a mi mamá que dice: “Ya estoi fuera de los andaquíes y fuera del páramo de las Papas i puedo asegurarte que esta expedición ha sido de las más dispendiosas, de las más trabajosas, y de las más peligrosas que haya hecho sea en Venezuela, sea en la Nueva Granada... están alegres los monos que han podido llegar hasta aquí porque de cinco que traía dos murieron, uno antes de entrar al páramo... lo mismo que un leoncito después de pasado el páramo, a pesar de los cuidados que se ha tenido con ellos... A mi modo de ver este era un lugar sagrado donde debían venir en piligrinación los indios de las comarcas vecinas i no hai vestigio de grande ciudad menos de grandes templos, palacios, fortaleza & sino Dioses regados aquí allí en unas lomas despejadas en medio de un paisaje alegre i variado por la naturaleza con una porción de bosquecillos i luego entra una especie de selva en la cual hai también ídolos i la famosa mesa de que debía servir para los sacrificios...”

El dibujante ha vuelto a cambiar. Price, que daba clases de canto a las niñas de Santa Fé de Bogotá antes de unirse a la Comisión Corográfica, no le aguantó el ritmo a mi papá. Su reemplazo es Manuel María Paz, regular dibujante, pastuso, coronel del ejército, que se distinguió por su valor y disciplina en las campañas del sur, preciso para Codazzi.

Y el presidente también ha vuelto a cambiar. ¿Cuántos llevamos desde que empezó esta historia? Páez y Monagas en Venezuela. En la Nueva Granada, Mosquera, López, Obando, Melo, Mallarino y ahora, Mariano Ospina Rodríguez, quien es tan godo y tan sectario que quiere acabar con esta empresa por lo que fue una propuesta de gobiernos liberales. Además decía que los mapas de Codazzi eran “mapas sin valor” desde un altercado que tuvieron respecto a los límites de Antioquia y Cauca.

—La política es un asco.

El hecho es que le están poniendo obstáculos: cada vez hay menos presupuesto, cada vez es más demorado en salir, cada vez le dan menos personal. La Comisión se ha reducido a su mínima ex-

presión: mi papá, “el ayudante Paz”, como lo llama él, y el fiel Carrasquel. También es cierto que a mi papá con esas ganas de registrarlo todo, no hay tiempo que le alcance. Logra que le concedan un año de prórroga, pero con la mitad del sueldo. El se indigna y le escribe al gobierno:

“Yo estaba en la creencia de que la obra emprendida por mí tenía un carácter más elevado que el de una contrata vulgar i merecía cierta distinción en el modo de tratarla: la nota a que me refiero me ha hecho comprender que estaba equivocado; que no estoi dotando al país con una obra de ciencia e cuya ejecución, si interviene un poco de dinero, no es como precio de ella sino como auxilio material para llevarla a cabo; que no se está levantando un monumento de honor i utilidad para la Nueva Granada, sino ejecutando una cosa comun i ordinaria e las que se compran i venden todos los días... a cuya ejecución me estimulaba el honor, no el dinero; el deseo de gloria para mí i para mi patria adoptiva, no la ruin ganancia de un salario de peón mecánico que vende sus servicios...”

Va perdiendo la paciencia. Tiene 66 años. La memoria le falla. Confunde las cosas. Quiere verse con Humboldt y otros sabios, se siente solo en su trabajo. “... ya aquí no cuento con la ayuda crítica de nadie. He de hablar con hombres como Boussingault, Schomburgk y Humboldt... En nuestros días quien trabaja aislado y solitario no podrá ser útil al mundo.”

Indios Guahibos. Provincia de Casanare.
Acuarela de Manuel María Paz.



Lo único que le falta por medir es la Sierra Nevada de Santa Marta. No se espera a que le salgan los viáticos para emprender el viaje. Renace en él el sueño de crear allí otra colonia de inmigrantes -a pesar de las dificultades que tuvo al final en Tovar— estimulado por las opiniones de Reclus, un geógrafo francés que vivió con los arhuacos: "...los fértiles valles y variados climas que allí se contienen para establecer el núcleo de futuras colonizaciones de europeos..."

El 20 de Enero de 1859 llega a Santo Espiritu, con ánimo de emprender camino hacia Valledupar y la Sierra. Allí lo agarra una fiebre, la malaria, que lo acecha desde cuando pisó América. El 7 de Febrero, en Pueblito se empeora y tienen que acostarlo en una estera. Señala hacia la sierra y delira: —Tenemos que llegar, ¡alcanzar el punto más alto! Carrasquel ¿ya ensillaron los caballos?...

Nosotros estamos en la sala, con la chimenea prendida, cada uno ocupado en lo suyo. Es tarde. De pronto suenan alegres en la puerta los golpecitos que siempre da mi papá cuando llega.

—¡Mi papá!

Corro a abrir. Una brisa helada se mete por toda la casa. No hay nadie.

—A Codazzi le pasó algo.

El ayudante Paz le cerró los ojos y le dio sepultura, con la cabeza orientada hacia las montañas y el cuerpo vestido con su ropa de viaje. Le echó muchas piedras encima para protegerlo de los animales salvajes.

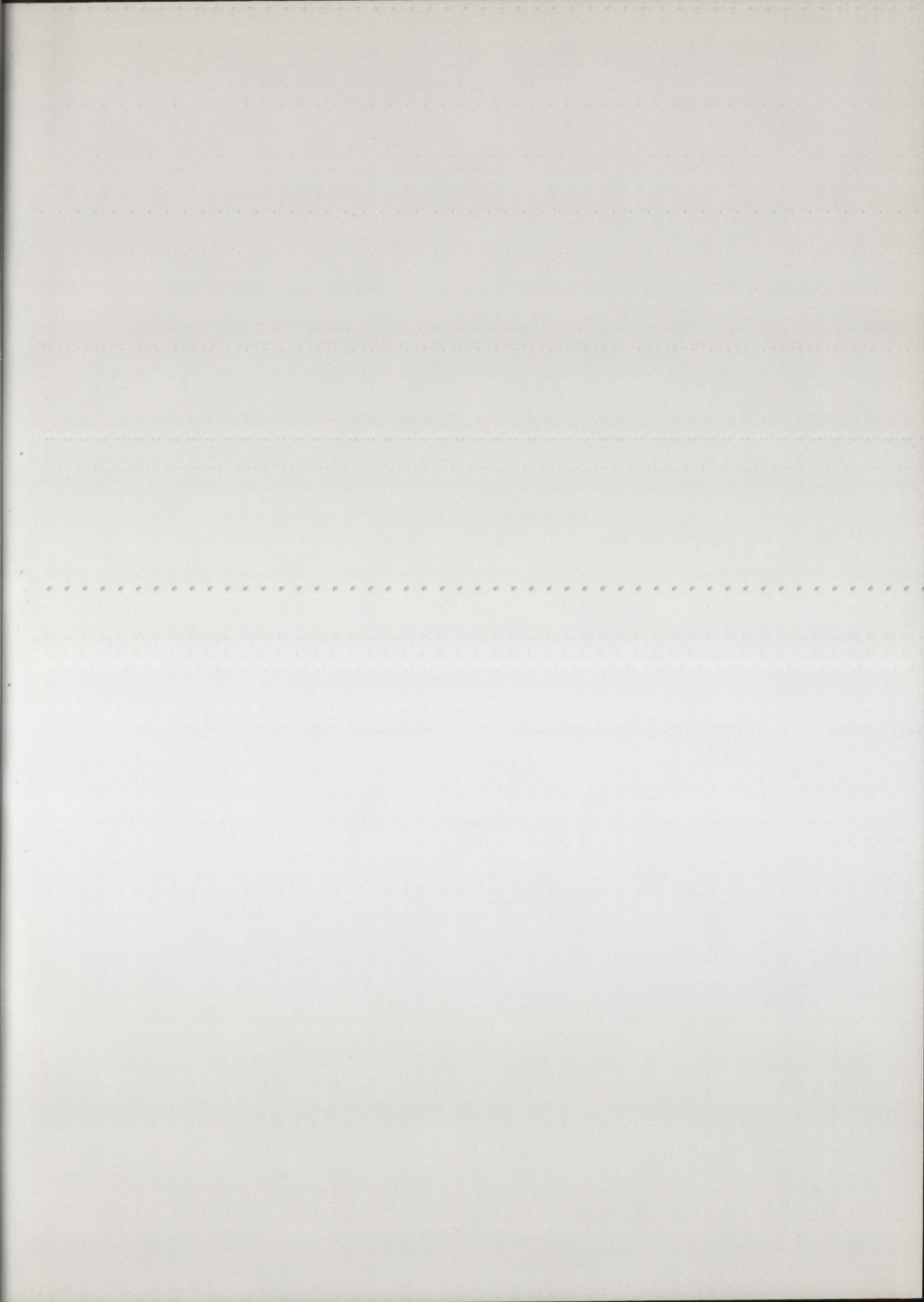
Hoy vino Paz a traer los objetos personales de mi padre, entre ellos su reloj, detenido en la misma hora de su muerte. Cuando mi mamá lo recibió el reloj echó a andar otra vez.



La Comisión Corográfica puede ser considerada la empresa científica más importante de la república, pues al hacer un inventario completo del país y su cultura, contribuyó a desentrañar nuestra identidad.

Dejó como resultado un libro de geografía, una carta general y mapas de todas las regiones, hechos por Agustín Codazzi, el herbario que formó José Gerónimo Triana, un libro suyo sobre la flora neogranadina, las crónicas de Manuel Ancízar recogidas en "La peregrinación de Alpha", los "Apuntamientos de viaje" de Santiago Pérez, las láminas de paisajes, tipos humanos y costumbres de Carmelo Fernández, Enrique Price y Manuel María Paz.

Hoy en día el Instituto Geográfico Agustín Codazzi continúa la labor titánica que realizó este hombre por iniciativa propia y con su nombre perpetúa su memoria. Allí todo colombiano puede pedir el mapa de cualquier pedacito del país que le interese y se lo dan en una reducción o ampliación fotográfica.





Manuel Anceta



Napoleón Bonaparte



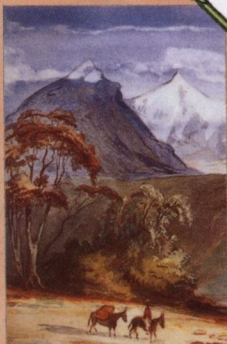
José Gerónimo Triana

R E L A S

Agustín Codazzi, el célebre geógrafo, nació en Lugo (Italia), pueblo de tejedores, y murió en Espíritu Santo, hoy Codazzi, en el departamento del Cesar, Colombia, cuando se dirigía hacia la mágica Sierra Nevada de Santa Marta. Soldado de las guerras napoleónicas, descubrió en ellas el riesgo constructor de los viajeros.

Venezuela y Colombia fueron moldeadas en la geografía que sus piernas caminaron y sus ojos pudieron observar. El pirata y el luchador por la Independencia de las tierras americanas, se resuelven en el gran hacedor del sueño bolivariano.

Beatriz Caballero nació en Bogotá. Es autora de los libros *Las siete vidas de Agustín Codazzi*, Instituto Geográfico Agustín Codazzi-Carlos Valencia Editores, Santafé de Bogotá, 1994 y *Codazzi el señor que dibujaba mapas*, éste último dirigido a los niños.



CENTRO DE DOCUMENTACION



01005047

COLCIENCIAS